3 1761 07803007 9

PÁGINAS DESCONOCIDAS

B3985p

PÁGINAS DESCONOCIDAS

DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

RECOPILADAS POR

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

III VOLUMEN

199351
11/12/25

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 4
MADRID

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

IMPRENTA DE A. G. IZQUIERDO.—DOETOR MATA, 3

P R Ó L O G O

Una vez más hemos conseguido rasgar un nuevo jirón del trágico velo del olvido que una imperdonable indiferencia, un bárbaro abandono, había consentido que, hasta hoy, ocúltase una gran parte de la obra de Bécquer.

Nuevos pilares del más sólido granito, para el monumento que en las almas tiene el poeta de las rimas, son estas páginas desconocidas *que hoy salen del olvido, de la sombra, para entrar en la inmortalidad, en la región de los siempre verdecidos laureles, donde ofrece la gloria su ardiente beso de mujer.*

En estos días otoñales, teniendo en nuestras manos las viejas revistas, de amarillentos folios, y los manuscritos de parduzcas letras, en los que su alma, genial y dolorida, fué dejando jirones de luz, como en los zarzales del infinito camino de tedio de su vida dejó las rojas rosas de su sangre, la sombra del poeta pasó ante nosotros. Revuelta la negra melena, perdidos sus ojos en inaccesibles lejanías; en su rostro un gesto de supremo desdén. Parecía uno de los enlutados caballeros que inmortalizó el Greco con su pincel.

Cuando ordenaba los papeles, las cuartillas en las que quedaron grabados los frutos de tu genial inspiración, para formar estos volúmenes, que salvaran tu obra del olvido y de la muerte, yo he sentido la fría caricia de tu mano, que me guiaba, señalándome amplios y maravillosos caminos.

¡Pobre Gustavo Adolfo! Tu trágica miseria, el incurable dolor de tu alma incomprendida, que iba agostándose lentamente, tu altiva silueta romántica vivieron conmigo en las interminables horas de trabajo, en las que una copia de la "Melancolía", de Alberto Durero, era el único testigo de mi fiebre, de mi fervor.

Y ya está la obra terminada. Nuevamente tus palabras, acariciantes y musicales, rompen el silencio, la indiferencia.

LA MUSA DE LAS RIMAS

La vieja y retorcida calle de la Justa, rincón del antiguo Madrid de nuestros abuelos, convertida hoy en patio de repugnante lupanar, guarda, entre sus edificios, la casa donde vivió la musa de las rimas; la que inspiró al poeta su maravilloso breviario de amor. Es la señalada hoy con el número 30, y que está enfrente de la calle de la Flor.

Una tarde Bécquer, acompañado de Julio

Nombela, fueron a ver en dicha calle, la casa en que este último había nacido. Era un ruinoso edificio de un solo piso, que el tiempo había convertido en guarida de vicio y miseria. Siguieron Bécquer y Nombela su camino y al llegar frente a la casa número 30, algo que creyeron sobrenatural hizo que detuviesen el paso y una brisa de emoción acarició sus almas: en uno de los balcones del piso principal estaban asomadas dos bellísimas mujercitas. Una de ellas impresionó tan profundamente al poeta, que ya, todas las tardes, sus pasos le llevaban a la estrecha calle para ver a su amada ideal. La mujercita, aquella ingenua mujercita que tenía en su cabellera aprisionado un rayo de sol, también le esperaba, poniendo una promeas de amor infinito en la sonrisa de su boca, en el tenue brillo de sus ojos azules, en la nieve de su mano, cuando, al alejarse el extraño desconocido, le enviaba un adiós.

A esto se redujeron sus amores. Nombela, hombre más práctico, no tardó en enterarse de que aquella mujer, que la casualidad puso en su camino, se llamaba Julia Espín, y era hija del compositor del mismo apellido. Encontró el medio de asistir a las reuniones y conciertos que en aquella casa se celebraban semanalmente, pudiendo, por lo tanto, hacer

una realidad de sus platónicos amores; pero Becquer no quiso. La realidad, con su cortejo de vulgaridad y prosa, hubiese destruído aquel amor, hijo de su sueño; la flor que crecía en lo más recóndito de su espíritu habría perdido su perfume. Prefirió soñar, vivir la vida que él mismo creaba como su más preciada obra de arte, seguir el camino que le marcaba su luz interior...

Y sin ella saberlo, sin que llegase a saberlo nunca, aquella mujercita que una tarde de otoño estaba asomada a un balcón en una estrecha calleja del viejo Madrid, fué la inspiradora del más bello breviario de amor que repiten de memoria todas las mujeres.

Bien merece tu nombre—pobre musa desconocida—ser grabado en el pórtico de este libro que tantas páginas habrás inspirado.

UN RECUERDO

Ya que hemos evocado a la mujer inspiradora de las rimas, queremos también, creyendo hacer una obra de justicia y desagravio, dedicar un recuerdo a la que fué esposa del poeta, madre de sus hijos. Todos los biógrafos la olvidan; algunos, al hablar de ella, la llaman ignorante, incapaz de comprender a Bécquer, indigna de ser la mujer de un ar-

lista. Encuentran, en fin, un caso más que añadir a los que sirvieron a Daudet para escribir su célebre obra, en la que con tan sutil ingenio retrata estos equivocados matrimonios.

Encontrando nebuloso y oscuro todo cuanto de la mujer de Bécquer dijeron, lo mismo sus contemporáneos que los escritores de hoy, en biografías y artículos, me dediqué, infatigable, a recoger cuantos datos encontrase que me permitiesen proyectar un poco de luz sobre su perdida figura. Hoy, teniendo reunidos, sobre mi mesa de trabajo, los resultados de mis investigaciones, veo cuán injustos fueron todos con aquella infortunadísima mujer, dotada de una sorprendente inteligencia y digna por todos conceptos de ser la compañera de Bécquer.

La vida de esta mujer es una historia de dolor y de sacrificio. Muerto su marido, la más negra de las miserias es su único horizonte y el de sus tres hijos. Cuando unos fieles amigos recogen en dos pequeños volúmenes, que la caridad editó, una parte de la obra del poeta, su mísera situación encuentra una pequeña tregua de tranquilidad. Nuevas ediciones la permiten ir saliendo adelante sin angustias ni apremios; pero llega un momento en que dichas obras pasan a ser propiedad

de un editor mediante una cantidad, que no debió ser muy crecida, puesto que a los pocos meses volvió la miseria al hogar del poeta.

Sin medios ya para hacer frente a la vida recurre a una suscripción entre los admiradores y amigos de su marido, y con un álbum en el que constaban las limosnas, *fué de puerta en puerta, recogiendo ingratitud, indiferencia, dolor...*

En el otoño de 1882, y provista de varias cartas de presentación de Castelar, marcha a París, donde, gracias a éstas y a un pequeño núcleo de españoles, puede encontrar los medios de regresar a España.

—¡Señora! ¿Cómo toleran los españoles y su Gobierno que la viuda de un poeta como Bécquer tenga que ir al extranjero a pedir una limosna?

Esto la dijo un ilustre hombre público de Francia al enterarse de su dolorosa peregrinación.

De vuelta a España escribe y publica un libro, colección de cuentos y artículos, titulado "Mi primer ensayo", que dedica a la Marquesa de Salar. Hay en esta dedicatoria un párrafo en el que palpita y sangra la llaga siempre abierta de su dolor. Dice así:

"Pobre y enfermo estaba mi sér, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, can-

sada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón, es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son las recompensas conseguidas al brillo que a su patria dieron con sus plumas y su talento."

Poco después de publicado este libro, la enfermedad nerviosa que padecía se agudizó de un modo alarmante. El día 22 de marzo de 1885, Casta Esteban y Navarro, la viuda de Gustavo Adolfo Bécquer, entraba en el Hospital General, y en la sala número 13, cama número 3, dejaba de existir el día 30 del mismo mes a las tres y media de la tarde. Sus restos recibieron el abrazo de la madre tierra en el cementerio de Santa María.

¿Qué rima *puede compararse, mujer infortunada, al negro camino de tu vida y a la soledad y el dolor de tu muerte?*

Que estas páginas, que hoy se publican, sean una ráfaga de aire nuevo que bese el roto mármol de tu olvidada sepultura.

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA.

R I M A S

¿No has sentido en la noche,
cuando reina la sombra,
una voz apagada que canta
y una inmensa tristeza que llora?

¿No sentiste en tu oído de virgen
las silentes y trágicas notas
que mis dedos de muerto arrancaban
a la lira rota?
¿No sentiste una lágrima mía
deslizarse en tu boca?
¿Ni sentiste mi mano de nieve
estrechar a la tuya de rosa?

¿No viste entre sueños
por el aire vagar una sombra,
ni sintieron tus labios un beso
que estalló misterioso en la alcoba?

Pues yo juro por ti, vida mía,
que te vi entre mis brazos, miedosa,
que sentí tu aliento de jazmín y nardo,
y tu boca pegada a mi boca.

Yo me acogí, como perdido nauta,
a una mujer para pedirla amor,
y fué su amor, cansancio a mis sentidos.
hielo a mi corazón.

Y quedé de mi vida, en la carrera
que un mundo de esperanza ayer pobló,
como queda un viandante en el desierto:
¡a solas con su Dios!

¡Quién fuera luna,
quién fuera brisa,
quién fuera sol!
.....

¡Quién del crepúsculo
fuera la hora,
quién el instante
de tu oración;
quién fuera parte
de la plegaria
que solitaria
mandas a Dios!
.....

¡Quién fuera luna,
quién fuera brisa,
quién fuera sol!...

Apoyando mi frente calurosa
en el frío cristal de la ventana,
en el silencio de la oscura noche
de su balcón mis ojos no apartaba.
En medio de la sombra misteriosa
su vidriera lucía iluminada,
dejando que mi vista penetrase
en el puro santuario de su estancia.
Pálido como el mármol el semblante,
la blonda cabellera destrenzada,
acariciando sus sedosas ondas,
sus hombros de alabastro y su ganganta,
mis ojos la veían, y mis ojos
al verla tan hermosa, se turbaban.
Mirábase al espejo; dulcemente
sonreía a su bella imágen lánguida,
y sus mudas lisonjas al espejo
con un beso dulcísimo pagaba...
Mas la luz se apagó; la visión pura
desvanecióse como sombra vana,
y dormido quedé, dándome celos
el cristal que su boca acariciara.

Si copia tu frente
del río cercano la pura corriente
y miras tu rostro de amor encendido
soy yo, que me escondo
del agua en el fondo
y loco de amores a amar te convido;
soy yo, que en tu pecho, buscando morada,
envío a tus ojos mi ardiente mirada,
mi llama divina...
y el fuego que siento la faz te ilumina.
Si en medio del valle
en tardo se trueca tu andar animado,
vacila tu planta, se pliega tu talle...
soy yo, dueño amado,
que en no vistos lazos
de amor anhelante, te estrecho en mis brazos,
soy yo, quien te teje la alfombra florida
que vuelve a tu cuerpo la fuerza y la vida;
soy yo, que te sigo
en alas del viento soñando contigo.

Si estando en tu lecho
escuchas acaso celeste armonía
que llena de goces tu cándido pecho,
soy yo, vida mía...
soy yo, que levanto

al cielo tranquilo mi férvido canto;
soy yo, que los aires cruzando ligero
por un ignorado movible sendero,
ansioso de calma,
sediento de amores, penetro en tu alma.

LA FE SALVA

(APUNTES PARA UNA NOVELA)

NOTA PRELIMINAR

Esta novela la publicó Bécquer en el Almanaque de "El Café Suizo", revista literaria que apareció en Madrid el año 1865.

Rodríguez Correa, en el prólogo de las "Obras completas" la cita entre las novelas y leyendas que el poeta tenía en proyecto. Acaso por considerarla como proyecto, la tituló apuntes, *con los que, según él mismo dice, pensaba hacer* un cuadro más acabado.

I

Encontrándome en el Balneario de Fitero, en busca de un poco de salud para mi cuerpo dolorido y cansado, conocí a una mujer extraña, de una dulce y marchita belleza. Representaba tener unos veintiocho años, aunque el sufrimiento, sin duda, había puesto en su rostro un sello de prematura vejez. Hacía

una vida retirada; su única compañía era una señora anciana que fielmente y con aire de servidumbre, la seguía a todas partes.

La extraña belleza de la desconocida; su rostro, donde se reflejaba un oculto dolor; su vida, apartada y silenciosa, me impresionaron tan profundamente que, sin yo quererlo, empezó a forjar mi fantasía una novela, novela absurda y disparatada, de la que Ella era la protagonista, el único y central personaje alrededor del cual giraba el mundo entero.

Con motivo de una visita que en el mismo día hicimos a la ruinosa Abadía (cuyos muros conservan el eco del más extraño y misterioso *Miserere*) (1), conseguí hablar con la enigmática mujer que tan gran interés había despertado en mi insaciable curiosidad.

Buscando un pretexto para empezar la conversación, me ofrecí a ella en calidad de *ciceronne*, puesto que conocía perfectamente la vetusta Abadía que íbamos a visitar. Ella, que no sé por quién, sabía mi condición de escritor, aceptó encantada mi ofrecimiento. De esta sencilla manera empezó nuestra romántica amistad.

Empezaba a caer la tarde cuando terminamos de visitar el monasterio. Lo que a mi be-

(1) Con este asunto hizo el poeta una leyenda, que tituló *El Miserere*, y que está incluído en las *Obras completas*.

lla compañera más impresionó fué la historia del misterioso *Miserere* que en la biblioteca de la Abadía se conserva y con cuyo extraño asunto la prometí escribir una leyenda.

El sol acababa de hundirse en el ocaso, tiñendo el horizonte de una tonalidad violeta. En el cielo, como una lágrima, temblaba el lucero de la tarde.

Durante nuestro paseo pude adivinar que un gran dolor consumía lentamente su vida. Nada me dijo ella; pero en el fondo de sus ojos grises leí como en un libro abierto.

II

Desde nuestra visita a la ruinosa Abadía, nuestra amistad fué haciéndose cada vez más íntima. Por las tardes yo era su acompañante; la di libros, la leí mis versos, la hice, en fin, la confidente de mi vida y mi consejera en horas de duda y vacilación.

Una tarde, visitando una vez más el viejo monasterio, nuestra conversación fué descubriendo, poco a poco, los íntimos anhelos, las ansias secretas de nuestras almas, y sin darse cuenta, como obedeciendo a una oculta fatalidad, empezó a contarme la historia de su vida; una historia triste, humedecida por las lágrimas, llena de renunciaciones, de sueños rotos, de dolor.

Historia que hoy traslada mi pluma a la blanca virginidad de las cuartillas.

III

"En una vieja ciudad castellana en la que las milenarias piedras de sus caserones y de sus iglesias guardan, como beso sagrado, la huella de tantas generaciones, y cuyas rúas solitarias y retorcidas conservan el eco de las voces lejanas, vivíamos, acompañadas de nuestro padre, un bravo soldado héroe de románticas empresas, que supo de conspiraciones, y que muchas veces estuvo a punto de perder la vida por defender la libertad. En aquella ciudad, de la que solamente conservo un vago y brumoso recuerdo: el que en mi alma grabaran la verde tonalidad de la hiedra y la grave voz de las campanas, transcurrieron los años de mi niñez. Mi hermana Blanca, algo mayor que yo, por la que no añoré las dulces y perdidas caricias de nuestra madre muerta, era la única nota de alegría en el viejo caserón que nos sirvió de cuna; su clara voz era una música renovadora en nuestra silenciosa tristeza; su risa un aire de primavera que pasaba besando los espesos muros de los anchos salones sombríos. ¡Cómo brilla en el fondo de mi alma la misteriosa luz de sus apagadas pupilas verdes! ¡Sus magas pupilas

de esmeralda, que al perder su luz sumieron mi vida en una eterna noche!

Catorce años tenía cuando mi padre tuvo que abandonar la muerta ciudad donde recibí el primer beso de luz y nos fuimos a vivir a Madrid. Habitamos un piso segundo en una de las calles más concurridas, por cuyos balcones entraba el sol pródigamente. Nuestra vida pareció cambiar. Aquella luz que el sol nos regalaba, hizo el milagro de disipar todas las sombras que la vieja ciudad de Castilla infiltró en nuestras almas.

Mi padre, preocupado por los acontecimientos políticos, entró en un período de intensa actividad. Comprometido con sus compañeros de profesión desterrados de la patria, preparaba en las sombras el movimiento revolucionario que pocos meses después estalló en España. Nuestra casa se convirtió en un centro de conspiración. Por allí pasaron literatos, políticos, militares y entre ellos llegó el hombre cuyo nombre es para mí una maldición. ¡El que apagó la intensa luz de sus ojos verdes!"

... ...

Llegaba la noche, la campana de la ruinosa Abadía nos recordaba la hora de la oración. Una plegaria floreció en nuestros labios, nuestras manos, obedeciendo a un impulso

desconocido, se estrecharon fuertemente como si sellasen un pacto. Eran ya hermanas nuestras almas, porque las unía el dolor.

Y cuando silenciosos, perdidos en el laberinto de nuestros sueños, regresábamos al pueblo, ¡yo sentí los misteriosos acordes, las extrañas notas, el inmenso gemido del *Miserere* que una noche recogió en su cuaderno un genial peregrino, y que hoy conservan los monjes en su polvorienta biblioteca!

IV

En sucesivos días y aprovechando las excursiones que hacíamos a los pintorescos alrededores del balneario, mi triste y bella confidente fué contándome todos los capítulos de la novela de su vida. Un vago y grato perfume de flores marchitas; el recuerdo que deja en un alma sensible un bello crepúsculo; el eco de una canción lejana que dijo su queja en la tarde y que confusamente llegó a nuestro oído. Algo impreciso, inmaterial, de refinada sutileza, era el íntimo drama, la silente tragedia de mi amiga.

"En la tertulia que todas las noches se formaba en nuestra casa y que era un pequeño centro de conspiración, apareció un día un joven poeta que acababa de llegar de Portugal. Se llamaba Alberto Albert. Sus versos, de un exaltado romanticismo, cantaban la libertad, la lucha; pero los que más llegaron al fondo de mi alma, los que me descubrieron el secreto del llanto fueron aquellos cortos como suspiros, de ritmo extraño, de los que brotaba un aroma de amor. Tanto simpatizó con nosotros, tan gran afecto le tomó mi padre que

al poco tiempo era uno más en el seno de nuestra familia.

Y empezó a gestarse la tragedia, la gran tragedia de nuestras almas, la que salvó mi vida por un milagro de la fe, la que apagó para siempre la misteriosa luz esmeralda que brillaba en sus ojos.

De la intimidad fué naciendo, poco a poco, el amor. Sin darnos cuenta Blanca y yo, como mariposas que abrasan, inconscientes, sus alas en la llama, nos sentimos atraídas por Alberto, que se presentaba ante nuestro naciente deseo como el príncipe soñado en interminables noches, héroe de aquellas novelas de soldados y trovadores que guardaba la vieja librería de roble de nuestro padre, y que fueron la única distracción de nuestros interrogantes anhelos, en la vieja ciudad de los grises palacios de piedra, bajo el clamor de las campanas. Poeta rodeado de una romántica leyenda de conspiraciones y de luchas, orlada su cabeza por una negra melena, un infinito tedio reflejado en sus ojos, ¿qué más podía pedir nuestra sedienta juventud?

Nosotras ocultamos nuestra pasión en el fondo de nuestros pechos. Sabíamos que si el amor triunfaba en una, en la otra la desilusión troncharía, agostaría sin piedad. Una pri-

mavera en un alma equivalía a un otoño en la otra. Y callamos.

Una tarde Blanca estaba en el balcón, su marfileña mano sostenía un libro: los versos de Alberto, divinas palabras rimadas, diminutas violetas de tenue perfume con que la poesía habla a la vida. Empezaba a morir el día y la sombra, como un denso velo, iba extendiéndose por la habitación. La voz de un piano que llegaba confusamente tenía toda la melancolía de un adiós.

Y Alberto llegó a ella. El libro, rota la cárcel de la mano que lo retenía, rodó por su falda. Toda la pasión contenida tanto tiempo surgió con toda la magnificencia de un canto triunfal. La romántica melena del poeta se confundía con el obscuro y brillante pelo de mi hermana, se buscaron sus manos y dijeron, al unirse, mucho más que las confusas palabras que pronunciaban los labios temblorosos.

Yo, que sin turbar el silencio me deslicé por el cuarto en sombras, lo contemplaba todo desde un escondido rincón. Sentí que, poco a poco, iba apagándose mi vida, el corazón, como pájaro aprisionado, quería romper su jaula, su latido parecía el tic-tac monótono de un reloj que quisiese acelerar la marcha del tiempo.

Ya era de noche, en el balcón únicamente se distinguía la silueta, confundida, de los cuerpos bañados por un rayo de luna. Mi pobre alma no pudo más; la vida se escapaba de mí como una frágil hoja seca arrastrada por una ráfaga de muerte. Todo me abandonaba; y como un ave herida en su vuelo, caí al suelo sin que el más débil grito ni la más leve queja vibrase en mi garganta.

Cuando desperté me encontré en el lecho, rodeada de todos. Blanca, llenos sus ojos de lágrimas, besaba mi frente. Alberto, aprisionándome una mano fuertemente, parecía pedirme perdón.

La tragedia acababa de extender sus alas sobre nosotros."

V

"Mi inexplicable enfermedad se prolongó días y días, sin que nadie supiese lo que me pasaba. Todos los médicos de algún relieve desfilaron por la cabecera de mi cama, y después de mil ensayos y conjeturas se marchaban, confesando noblemente el fracaso de su ciencia ante mi extraño mal. Y es que los médicos sólo saben de las dolencias materiales; de las que dañan el cuerpo; de las que dejan huella sensible; pero de las del alma, las producidas por el fracaso de una ilusión o por la muerte de un sentimiento, de esas no saben nada, ni siquiera se atreven a creer en ellas. Larra, cuyas obras me enseñaron el dolor, define muy bien estos estados, acaso porque nadie como él sintió desgarrado su pecho por un inapagable deseo. *El amor mata, aunque no mata a todo el mundo.* ¡Cuántas cosas me revelaron estas sabias palabras!

Desde la noche en que empezó a marchitarse mi vida, Blanca y Alberto fueron mis compañeros. Nunca se atrevieron a explicar lo que sucedió; ni siquiera cambiaron una mirada estando yo delante.

Yo sabía que el dolor de mi hermana era tan

infinito como el mío y supe leer en su cara, en su gesto de melancolía que por mí sacrificaba todas sus ilusiones, sus sueños, sus esperanzas que ya nunca serían realidad. Su pecho sería desde entonces el sepulcro de un amor.

En aquellos días estalló en Madrid la revolución que el mes de julio de 1854 hizo de la ciudad un campo de batalla. Mi padre y Alberto, que esperaban el momento, fueron de los primeros en acudir a la lucha, y días enteros estuvimos sin saber de ellos. Muy de tarde en tarde aparecían para tranquilizarnos, y de nuevo volvían a sus barricadas."

... ...

Cuando mi pobre amiga trajo a mi memoria aquellos días de mi fogosa y romántica juventud, todo mi pasado surgió ante mí, por el mágico poder de la evocación.

¡Ultima revolución romántica que a través del tiempo adquiere toda la grandeza de una epopeya!

Y entonces fuí yo el que conté a mi compañera y confidente todos los acontecimientos de aquel bello pasado que conservo, como una reliquia, en el corazón. Y vertí de este modo un bálsamo de olvido en la llaga de su melancolía.

Yo aún no había llegado a Madrid. Ya empezaba a preparar el viaje, y mis carpetas y

cuartillas, como llaves que me abrirían las puertas de la inmortalidad, esperaban resignadas en el fondo de una vieja maleta de cuero.

Por las tardes, paseando con Narciso Campillo por las pintorescas afueras de nuestra Sevilla, teniendo como único testigo el Guadalquivir, hacíamos proyectos para la lucha que empezaríamos en breve. Madrid se presentaba ante nuestras inquietas fantasías como una bella mujer, cuyo amor fuese solamente posible a los elegidos, que supieron conquistarle con el oro de su inteligencia.

Una fuerza desconocida ponía pintorescas alas en nuestra insaciable juventud. ¡Y qué gran dolor el de las alas rotas antes de emprender el primer vuelo!

Luis García Luna, el primer amigo que en Madrid tuve, amistad que el tiempo acrecentó, fué el que me contara, pues de ellos era testigo, todos los acontecimientos de los que el año 54 tuvieron por escenario a Madrid.

La revolución triunfante hizo de la ciudad un gran campo de batalla. En todas las calles se levantaron con piedras, cajones y enseres domésticos grandes barricadas que defendía el pueblo con inaudito valor. Sedientos de venganza, grupos de hombres armados recorrían las calles entre lluvia de balas que se

cruzaban en todas direcciones; los palacios de aquellos hombres públicos a los que el pueblo acusaba de ser causantes de sus males, fueron asolados y en medio del arroyo se formaron grandes pirámides con los muebles y obras de arte que a ellos pertenecieron. Y el fuego los redujo a cenizas.

Una tarde García Luna, vagando curioso por las calles, presenció un espectáculo de profunda y trágica emoción. Sus pasos le llevaron a la Plazuela de los Mostenses, en una de cuyas casas vivía Francisco Chico, jefe entonces de la policía madrileña y a quien se atribuían, creo que con razón, toda clase de atropellos e injusticias. El populacho rodeaba el edificio en cuyo interior se buscaba, inútilmente, al inquisitorial polizonte. García Luna se sumó a los curiosos que presenciaban el espectáculo de aquella extraña cacería. Un cuarto de hora llevaba allí mi amigo, cuando por el ancho portalón apareció una triste y macabra comitiva: en un colchón que sobre una escalera sostenían media docena de hombres, iba, con el sello de la muerte en el semblante, Francisco Chico; detrás, y con una fuerte cuerda al cuello, marchaba su secretario. Toda clase de maldiciones e insultos salió de aquella masa humana. El pueblo se disponía a hacer justicia una vez más.

Y así continuó el trágico cortejo hasta la Plazuela de la Cebada, donde Chico y su criado fueron, sin piedad, fusilados.

Todos los episodios de aquella romántica revolución vivieron aquella tarde en mis labios nuevamente, como un bello cuento; como un romance legendario de los que pasan de generación en generación dejando en las almas una brillante estela de inquietud.

... ...

... ...

La noche tendió, una vez más, sus alas sombrías sobre nosotros. Volvíamos al pueblo por el estrecho camino, que parecía bajo la luna una estrecha cinta de plata.

Formando una compacta masa marfileña, un rebaño de ovejas volvía al redil, rompiendo el silencio con la tenue música de las esquilas. Poco a poco, en el cielo se iban encendiendo las estrellas, de clara luz unas, como fantásticos diamantes; otras, débiles, apagadas...

La silueta de la vieja Abadía se recortaba en el horizonte como un encantado palacio de leyenda.

VI

Durante unos días en que nos vimos obligados a permanecer en los nada cómodos cuartos de la fonda, a causa del temporal, que convirtió el balneario y sus cercanías en una sucia y cenagosa laguna, *Ella* siguió contándome los episodios de su vida, con los que se podía construir la más extraña e interesante novela.

Y *Ella* habla...

... ...

"Dos días llevábamos de incertidumbre e intranquilidad, cuando una nueva desgracia vino a complicar de nuevo el curso de nuestras vidas: Alberto fué herido gravemente en la barricada de la calle Mayor, que fué su baluarte desde los comienzos de la revolución. Una noche, ocultándose a toda mirada curiosa, fué traído a nuestra casa, en brazos de nuestro padre y de dos de sus mejores amigos. En una de las habitaciones más retiradas se le improvisó un cómodo y limpio lecho, y allí murió en las primeras horas de la mañana del siguiente día. El nombre de mi hermana fué la última palabra que pronunciaron sus labios.

Y así acabó aquel héroe de leyenda que supo

arrastrar nuestras vidas con el impulso de su romanticismo.

Mi inexplicable enfermedad, si es que enfermedad podía llamarse a la ráfaga de melancolía que por mi alma pasaba, se agravó de un modo alarmante. Los médicos ya desconfiaban de su ciencia y veían, impotentes para todo, cómo se iba extinguiendo mi vida lentamente.

Yo sentía a la muerte que, con sus frías y descarnadas manos acariciaba mi frente y apretaba, implacable, mi corazón.

Y cuando, perdida ya toda esperanza, la eterna noche tendía sobre mí sus alas de sombra, un milagro, un raro milagro, obra de la gigantesca fe de mi hermana, me volvió nuevamente a la vida, a la luz...

Blanca, arrodillada ante mi lecho, después de rogar, inútilmente, un poco de clemencia y piedad para mí, ofreció a una antigua imagen que aún existe en una vieja iglesia madrileña, a cambio de mi salud y de mi vida, la luz que brillaba en el fondo de sus pupilas.

Y el milagro se obró. Poco a poco, una corriente de sangre nueva fué tiñendo de suave carmín mi amarillento rostro y mis exangües labios; mis enfermos pulmones volvieron a respirar nuevamente, libres de aquella ga-

rra implacable que los oprimía; dejó mi corazón de ser aquel reloj loco que parecía querer traspasar los límites del tiempo. En las tinieblas de mi alma había penetrado un rayo de sol. Pero conforme el milagro de mi resurrección iba operándose, la Providencia, inflexible, exigía a mi hermana el cumplimiento de su promesa; sus maravillosos ojos verdes iban lentamente perdiendo su luz.

Un día la deuda fatal quedó cancelada definitivamente: Blanca quedó ciega, quedaron sin vida, para siempre paradas, sus encantadoras pupilas, como quedan los ojos de los muertos que no tienen una mano amiga que cierre sus párpados.

Si algún día entra usted en la iglesia de..... podrá ver, entre los ex-votos de la virgen que tiene su altar en la más oculta capilla, los ojos de mi hermana como dos trágicas joyas fantásticas. Nadie hasta ahora consiguió ver el extraño ex-voto y tomaron mi visión como desvarío de mi débil cerebro, prueba acaso de una incipiente locura; pero yo sé que usted sabrá ver lo que se ocultó a las miradas profanas de las gentes vulgares. Si algún día su curiosidad de poeta, buscadora infatigable de emociones nuevas, le lleva a la oculta capilla de la vieja iglesia madrileña, y su alma sabe ver el milagro, acuérdese de mí."

Estas fueron las confidencias de mi pobre hermana espiritual, frágil sensitiva de un fantástico jardín. Sus palabras, una a una, quedaron grabadas en mi corazón. ¡Aún creo escuchar su voz fina y apagada, cuando a la luz de un bello crepúsculo iba descubriéndome la clave de su incurable tristeza!

Dos días después la vida destruyó nuestra hermandad. En Madrid me esperaban mis amigos, los periódicos que de pedazos de mi alma nutrían sus columnas, la agobiante lucha diaria en la que no puede haber un momento de descanso ni vacilación. Y guardando en la vieja maleta cartapacios, libros y papeles, a Madrid volví, llevando en mi alma un poco de melancolía y en mis cabellos algún nuevo hilillo de plata.

Fué muy triste la despedida. En mis labios floreció una promesa; una lágrima rodó por los surcos que en mi cara había labrado el dolor. La crujiente e incómoda diligencia me esperaba, y los collerones de las mulas rompieron el silencio de la tarde con su argentino tintineo.

Durante un largo rato dos pañuelos se saludaban en la lejanía, como prisioneras palomas blancas...

VII

Cerca de tres meses hacía que estaba de nuevo en Madrid, entregado en cuerpo y alma a la lucha diaria y agotadora. El teatro Real, mi tertulia del Suizo, la tribuna del Congreso, la redacción. De uno a otro lado marchaba sin cesar, como arrastrado por una desconocida fuerza. Mi cerebro, sacudido por nuevas impresiones, fué olvidando, poco a poco, el romántico idilio, las confidencias de la pobre alma enferma. De todo conservaba únicamente esa secreta armonía, el vago eco que deja en nosotros una bella música que sonó un día en nuestro camino y que nunca volveremos a escuchar. En mi álbum de dibujo, uno de mis más fieles amigos, quedaron también eternizados muchos momentos de mi pasada aventura. Pensé escribir una novela, libro extraño, nueva danza macabra en la que bailaban, en trágico abrazo, el amor y la muerte. Sería mi obra una absurda mezcla de noche y silencio; como aquel *Miserere* que en la ruinosa Abadía de Fitero se conserva.

Y la novela se quedó sin hacer. Hoy, que una inexplicable melancolía acaricia mi alma, tra-

zo estos ligeros apuntes con los que haré algún día un cuadro más acabado. Acariciar el recuerdo es lo único que hoy puedo hacer: soñar, como el estudioso Fausto soñaba con el beso de Margarita.

VIII

Vagando una tarde por las estrechas calles del Madrid viejo, viajero sin rumbo definido, perdido en el laberinto de mi fantasía, que de tantos fantasmas y evocaciones llenaba las solitarias *rúas*. De cada encrucijada, de cada portalón surgía una sombra evocadora; de cada balcón de los señoriales palacios muertos, parecía salir la música de un clave acariciado por una blanca mano de mujer. ¡Palacios viejos! ¡Aún conserváis la luz de las grandes arañas que un día alumbraron vuestros anchos salones, en versallescas fiestas galantes; frágiles marquesitas, tocadas sus cabezas con empolvadas pelucas de nieve, trenzaron ligeros minuetos y valses pausados, sobre los mullidos tapices de Oriente que cubrían vuestros suelos! ¡Aún conserváis el eco de los clavicordios, de las palabras de amor de que fuísteis testigos! La vida, toda la vida, con sus alegrías y sus miserias, sus inagotables placeres y sus dolores infinitos vibró un día en vosotros. Hoy solamente sois el gris fantasma de vuestra perdida grandeza, el recuerdo de un pasado muerto, una reliquia...

Empezaba a ponerse el sol y decidí terminar

mi paseo, volver nuevamente a la realidad, dejar otra vez aquel mundo de evocaciones y de sombras en el que tanto me agradaba perderme. La vida me llamaba con voz fuerte e imperativa. Caminaba despacio, envuelto en mi ancha capa, cuando pasé por una iglesia cuya plañidera campana decía su canto en la tarde. Como una voz desconocida que sonase en mi oído, recordé que aquella era la iglesia que guardaba, en una de sus capillas, la virgen que dió vida a mi amiga, y que conservaba entre sus ex-votos unos verdes ojos de mujer. Entré; una docena escasa de fieles musitaban sus oraciones en el silencio. La función religiosa acababa de terminar hacía un momento, y uno de los servidores del culto apagaba lentamente las luces. Casi en tinieblas iba quedando el templo. Mi curiosidad me hizo buscar la pequeña capilla en que la imagen se venera, y recordando los datos que confusamente guardaba en la memoria, la encontré al instante. Lleno de un vago temor, mezcla de fe y miedo, entré en ella.

¡Y vi el milagro! En el rostro de la virgen, un rostro de dolor, obra de algún visionario artífice, en aquella cara ennegrecida por el beso de los años, brillaban unos alucinantes ojos de esmeralda. Una trágica luz fosforescente salía de ellos.

Caí de rodillas al pie del viejo altar mientras mis labios decían una oración; oración extraña, de palabras confusas, voz de mi fe y canto pagano a la pobre mujercita que apagó la luz de sus pupilas para que de su eterna noche surgiera una vida.

¿Cuánto tiempo estuve allí? No lo sé. De mi éxtasis vino a sacarme el sacristán agitando un manojo de grandes llaves, y los fieles, que al pasar por mi lado me miraban como a una cosa rara, dudando si aquel hombre que estaba ante el altar era un santo o un loco, inclinándose más a esta segunda idea.

¿Qué sabían ellos, pobres humanos, de las grandes batallas del alma?

FIN

MEMORIAS DE UN PAVO

(CUENTO)

No hace mucho que invitado a comer en casa de un amigo, después que sirvieron otros platos *confortables,* hizo su entrada triunfal el clásico pavo, de rigor durante las Pascuas en toda mesa que se respeta un poco y que tiene en algo las antiguas tradiciones y las costumbres de nuestro país.

Ninguno de los presentes al convite, incluso el anfitrión, éramos muy fuertes en el arte de trinchar, razón por la que mentalmente todos debimos coincidir en el elogio del uso últimamente establecido de servir las aves trinchadas. Pero como sea por respeto al rigorismo de la ceremonia que en estas solemnidades y para dar a conocer, sin que quede género alguno de duda, que el pavo es pavo, parece exigir que éste salga a la liza en una pieza; sea por un involuntario olvido o por otra causa que no es del caso averigar, el animalito en cuestión estaba allí íntegro y pidiendo a voces un cuchillo que lo destrozase; me decidí a hacerlo, y poniendo mi esperanza en Dios y mi memoria en el *Compendio de Urbanidad* que estudié en el colegio donde, entre

otras cosas no menos útiles, me enseñaron algo de este difícil arte, empuñé el trinchante en la una mano, blandí el acero con la otra y a salga lo que saliere, le tiré un golpe furibundo.

El cuchillo penetró hasta las más recónditas regiones del ya implume bípedo, mas juzguen mis lectores cuál no sería mi sorpresa al notar que la hoja tropezaba en aquellas interioridades con un cuerpo extraño.

—¿Qué diantre tiene este animal en el cuerpo?—exclamé con un gesto de asombro e interrogando con la vista al dueño de la casa.

—¿Qué ha de tener?—me contestó mi amigo con la mayor naturalidad del mundo—, que está relleno.

—¿Relleno, de qué?—proseguí yo, pugnando por descubrir la causa de mi estupefacción—; por lo visto, debe ser de papeles, pues a juzgar por lo que se resiste y el ruido especial que produce lo que se toca con el cuchillo, este animal trae un protocolo en el buche.

Los circunstantes rieron a mandíbula batiente mi observación.

Sintiéndome picado de la incredulidad de mis amigos, me apresuré a abrir en canal el pavo, y cuando lo hube conseguido, no sin grandes esfuerzos, dije en son de triunfo, como el Salvador a Santo Tomás:

—Ved y creed.

Había llegado el caso de que los demás participasen de mi asombro. Separadas a uno y otro lado las dos porciones carnosas de la pechuga del ave y rota la armazón de huesos y cartílagos que la sostenían, todos pudimos ver un rollo de papeles ocupando el lugar donde antes se encontraron las entrañas y donde entonces teníamos hasta cierto punto derecho a esperar que se encontrase un relleno un poco más gustoso y digerible.

El dueño de la casa frunció el entrecejo. La broma, caso de serlo, no podía venir sino de la parte de la cocinera, y para broma de abajo a arriba, preciso era confesar que pasaba de castaño obscuro.

El resto de los circunstantes exclamaron a coro, pasado el primer momento de estupefacción, que lo fué asimismo de silencio profundo:

—Veamos, veamos qué dice en esos papeles.

Los papeles, en efecto, estaban escritos.

Yo, aun a riesgo de mancharme los dedos, pues estaban bastante grasientos, los extraje del sitio en que se encontraban, y aproximándome a la luz de una bujía pude descifrar este manuscrito que hasta hoy he conservado inédito:

"Impresiones, notas sueltas, y pensamientos filosóficos de un pavo, destinados a utilizarse en la redacción de sus memorias:

Ignoro quiénes fueron mis padres, el sitio en que nací y la misión que estoy llamado a realizar en este mundo.

No sé, por lo tanto, de dónde vengo ni a dónde voy.

Para mí no existe pasado ni porvenir; de lo que fué no me acuerdo; de lo que será no me preocupo. Mi existencia, reducida al momento presente, flota en el oceano de las cosas creadas, como uno de esos átomos luminosos que nadan en el rayo de sol.

Sin que yo, por mi parte, lo haya solicitado, ni poder explicarme por dónde me ha venido, me he encontrado con la vida; y como suele decirse que a caballo regalado no hay que mirarle el diente, sin discutirla, sin analizarla me limito a sacar de ella el mejor partido posible.

Porque la verdad es que en los templados días de primavera, cuando la cabeza se llena de sueños y el corazón de deseos, cuando el sol parece más brillante y el cielo más azul y más profundo, cuando el aire perezoso y tibio vaga a nuestro alrededor cargado de

perfumes y de notas de armonías lejanas, cuando se bebe en la atmósfera un dulce y sutil flúido que circula con la sangre y aligera su curso, se siente un no sé qué de diáfano y agradable en uno mismo y en cuanto le rodea, que no se puede menos de confesar que la vida no es del todo mala.

La mía, a lo menos, es bastante aceptable. En clase de pavo, se entiende.

Aún no clarea la mañana, cuando un gallo, compañero de corral, me anuncia que es la hora de salir al campo a procurarme la comida.

Entreabro los soñolientos ojos, sacudo las plumas y héteme aquí calzado y vestido.

Los primeros rayos del sol bajan resbalando por la falda de los montes, doran el humo que sube, en azuladas espirales, de las rojas chimeneas del lugar, abrillantan las gotas de rocío escondidas entre el césped y relucen con un inquieto punto de luz en los pequeños cascos de vidrio y loza, de platos y pucheros rotos que, diseminados acá y allá, en el montón de estiércol y basuras a que se dirigen mis pasos, fingen, a la distancia, una brillante constelación de estrellas.

Allí, ora distraído en la persecución de un insecto que huye, se esconde y retorna a aparecer; ora revolviendo con el pico la tierra

húmeda, entre cuyos terrones aparece de cuando en cuando una apetitosa simiente, dejo transcurrir todo el espacio de tiempo que media entre el alba y la tarde. Cuando llega ésta, un manso ruidito de aguas corrientes me llama al borde del arroyo próximo, donde, al compás de la música del aire, del agua y de las hojas de los álamos, abriendo el abanico de mis obscuras plumas, hago cada idilio a la inocente pava, señora de mis pensamientos, que causarían envidia a poderlos comprender; no digo a los rústicos gañanes que frecuentan estos contornos, sino a los más pulidos pastores de la propia *Galatea.*

Tal es mi vida: hoy, como ayer; probablemente, mañana como hoy.

Repetid esta página tantas veces como días tiene el año, y tendréis una exacta idea de la primera parte de mi historia.

*
* *

La inalterable serenidad de mi vida se ha turbado, como el agua de una charca a la que arrojan una piedra.

Una desconocida inquietud se ha apoderado de mi espíritu y ya va de dos veces que me sorprendo pensando.

Este exceso de actividad de las facultades mentales, es causa de una gran perturbación en mi economía orgánica: apenas duermo once horas y ya se me indigestó el hueso de un albaricoque.

Yo creí que no habría nada más allá de esas montañas que limitan el horizonte de la aldea. No obstante, he oído decir que vamos a la corte, y que, para llegar hasta allí, salvaremos esas altísimas barreras de granito que yo creía el límite del mundo. ¡La corte! ¿Cómo será la corte? Pronto saldré de dudas.

... ...

Escribo estas líneas en el corral donde me recojo a dormir y aprovechando la última luz del crepúsculo de la tarde. Mañana partimos. Un poco precipitada me parece la marcha. Por fortuna, el arreglo del equipaje no me ha de entretener mucho.

*

* *

Me he detenido en lo más alto de la cumbre que domina el valle donde viví, para contemplar por última vez las bardas del corral paterno.

¡Con cuánta verdad podría llamarse a estas peñas, desde donde envío un postrer adiós a lo que fué mi reino, *el suspiro del pavo!*

Desde aquí veo la llanura teatro de mis cacerías. Más allá, corre el arroyo que, al par que apagaba mi sed, me ofrecía limpio espejo donde contemplar mi hermosura. Allí vive mi pava; junto a aquel árbol la vi por primera vez. ¡Al pie de ese otro la declaré mi amor!

... ...

Las lágrimas me obscurecen la vista y lloro a moco tendido, en toda la extensión de la frase.

¡Parece que al alejarme de estos sitios se me arranca algo del fondo de las entrañas y, a mi pesar, se queda en ellos!

¿Será este extraño afán presentimiento de mi desventura? ¿Será?...

Un cañazo ha interrumpido el hilo de mis reflexiones en este instante.

Hago aquí punto, de prisa y corriendo, para reunirme a la manada, no sea que se repita la insinuación.

*

* *

Ya estamos en la corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es este el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible!

El sol llega trabajosamente al fondo de es-

tas calles, cuyas casas parecen castillos; ni un mal jaramago crece entre las descarnadas junturas de los adoquines; aún no ha acabado de caer al suelo la cáscara de una naranja, el troncho de una col, el hueso de un albaricoque, cualquier cosa, en fin, que pueda utilizarse como alimento digerible, cuando ya ha desaparecido sin saber por donde.

En cada calle hay un tropiezo, en cada esquina un peligro. Cuando no nos acosa un perro, amenaza aplastarnos un coche o nos arrima un puntillón un pillete.

La caña no se da punto de reposo. Noche y día la tenemos suspendida sobre la cabeza como una nueva espada de Damocles.

Yo no puedo seguir al azar el camino que mejor me parece, ni detenerme un momento para descansar de las fatigas de este interminable paseo. "¡Anda! ¡Anda!"—me dice a cada instante nuestro guía, acompañando sus palabras con un cañazo.

Con cuánta más razón que al famoso judío de la leyenda, se me podría llamar a mí *el pavo errante!*

¿Cuándo terminará esta enfadosa y eterna peregrinación?

He perdido lo menos dos libras de carne.

No obstante, a un caballero que se ha parado delante de la manada he conseguido llamarle la atención por gordo.

¡Si me hubiera conocido en mi país y en los días de mi felicidad!

... ...

Con esta va de tres veces que me coge por las patas y me mira y me remira, columpiándome en el aire, dejándome luego, para proseguir en el animado diálogo que sostiene con nuestro conductor.

... ...

Por cuarta vez me ha cogido en peso, y, sin duda, ha debido distraerse con su conversación, pues me ha tenido cabeza abajo más de siete minutos.

El capricho de este buen señor comienza a cargarme.

*
* *

¿Es esto una pesadilla horrible? ¿Estoy dormido o despierto? ¿Qué pasa por mí?

Ya hace más de un cuarto de hora que trato de sobreponerme al estupor que me embarga y no acierto a conseguirlo.

Me encuentro como si despertara de un sue-

ño angustioso... Y no hay duda. He dormido, o mejor dicho, me he desmayado.

Tratemos de coordinar las ideas. Comienzo a recordar confusamente lo que me ha pasado. Después de mucha conversación entre nuestro guía y el desconocido personaje, éste me entregó a otro hombre, que me agarró por las patas y se me cargó al hombro.

Quise resistirme, quise gritar al ver que se alejaban mis compañeros; pero la indignación, el dolor y la incómoda postura en que me habían colocado ahogó la voz en mi garganta. Figuraos cuánto sufriría hasta perderlos de vista.

Luego me sentí llevado al través de muchas calles, hasta que comenzamos a subir unas empinadas escaleras que no parecían tener fin.

A la mitad de esta escala, que podría compararse a la de Jacob, por lo larga, aun cuando no bajasen ni subiesen ángeles por ella, perdí el conocimiento.

La sangre, agolpada a la cabeza, debió producirme un principio de congestión cerebral.

... ...

Al volver en mí me he hallado envuelto en tinieblas profundas. Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a distinguir los objetos

en la obscuridad, y he podido ver el sitio en que me encuentro.

Esto debe ser lo que en Madrid llaman una bohardilla. Trastos viejos, rollos de estera, pabellones de telaraña constituyen todo el mobiliario de esta tenebrosa estancia, por la que discurren a su sabor algunos ratones.

Por el angosto tragaluz penetra en este instante un furtivo rayo de sol... ¡El sol, el campo, el aire libre! ¡Dios mío, qué tropel de ideas se agolpa en mi mente! ¿Dónde están aquellos días felices? ¿Dónde están aquellas...?

Me es imposible proseguir. Una harpía, turbando mis meditaciones, me ha metido catorce nueces en el buche. Catorce nueces con cáscaras y todo. Figuraos, por un momento, cuál será mi situación. ¡Y a esto le llaman en este país dar de comer!

*

* *

¡Lasciati agni speranza! Han pasado algunos días y se me ha revelado todo lo horrible de mi situación. He visto brillar con un fulgor siniestro el cuchillo que ha de segar mi garganta, y he contemplado con terror la cazuela destinada a recibir mi sangre.

Ya oigo los tambores de los chiquillos, que redoblan, anunciando mi muerte. Mis plumas, estas hermosas plumas con que tantas veces he hecho el abanico, van a ser arrancadas, una a una, y esparcidas al viento como las cenizas de los más monstruosos animales.

Voy a tener por tumba un estómago, y por epitafio la décima en que pide los aguinaldos un sereno.

¡Se tu non piangi da che pianger suoli?"

*

* *

Cuando terminé la lectura de este extraño diario, todos estábamos enternecidos. La presencia de la víctima hacía más conmovedora la relación de sus desgracias.

Pero... ¡oh, fuerza de la necesidad y la costumbre!, transcurrido el primer momento de estupor y de silencio profundo, nos enjugamos con el pico de la servilleta la lágrima que temblaba suspendida en nuestros párpados y nos comimos el cadáver.

FIN

L A C A R I D A D

El cólera desaparece, la tranquilidad renace y el pueblo de Madrid, como si despertase de una larga y fatigosa noche, vuelve a su actividad acostumbrada.

Pronto, tal vez al mismo tiempo que estas desaliñadas líneas llegan a manos de nuestros lectores, las campanas anunciarán la fausta nueva enviando al cielo fervientes oraciones de los fieles.

¡Cuán dolorosas y profundas huellas deja de su paso el terrible azote al desaparecer de entre nosotros, no hay necesidad de encarecerlo; lo dicen con harta elocuencia las lágrimas frescas aún en las mejillas de tantos desgraciados como lloran y llorarán todavía largo tiempo la pérdida de seres queridos; lo dice el luto general que a todas partes que volvemos los ojos encontramos, hablándonos del oculto dolor que simboliza y reavivando en la imaginación tristes y aún no borradas memorias!

No obstante, ahora, como siempre, del dolor ha surgido una consoladora esperanza;

ahora, como siempre, la adversidad ha revelado en el pueblo de Madrid condiciones tales de heroísmo y de virtud, que el placer que proporciona su espectáculo aminora el sentimiento y hace más llevaderas las desgracias que han contribuído a ponerlas de relieve.

No indagaremos nosotros la causa, no culparemos a nadie, porque ni la índole de nuestra publicación lo permite, ni aunque lo permitiese conviene ahora a nuestros propósitos; pero no es posible poner en duda que al recrudecerse la epidemia que ha afligido a la capital de la monarquía hemos atravesado por momentos críticos y horribles, cuya prolongación amenazaba una gran catástrofe.

Los que lo hemos presenciado no lo olvidaremos jamás. Hubo un momento en que el azote llamó a las puertas de la miseria envenenando con su hálito ponzoñoso la atmósfera de esos hediondos tugurios en que se hacinaban sus hijos; hubo un momento en que solicitada a la vez de todas partes, la administración se encontró insuficiente para atender a un tiempo a tantos dolores; hubo un momento de horrorosa incertidumbre, de verdadero pánico, en que se sobrecogieron los ánimos más serenos, en que vacilaron los más firmes, y una gran parte de la población huyó espantada, mientras otra no sabía adondè

volver los ojos en tan angustiosas circunstancias. Por fortuna, en aquellos mismos momentos, cuando la inteligencia del hombre, llena de estupor ante el incomprensible fenómeno, buscaba en vano su misteriosa explicación; cuando la ciencia, sintiéndose impotente para combatirlo, doblaba la cabeza, confusamente, ante el doloroso azote; cuando la impresionable multitud se sentía presa de un desaliento y un terror profundos, creyéndose herida por los golpes de un implacable ministro de la cólera del cielo; el ángel de la Caridad, surgiendo, de improviso, como un rayo de luz que venía a iluminar aquella horrible noche, avivó la fe de los unos, reanimó la esperanza de los otros, y dando principio a su gigantesca y sublime lucha con la Miseria y la Muerte, lucha de que, al fin, había de salir triunfante, vino a ofrecer al resto de España el espectáculo de un pueblo que, abandonado a sí mismo, sabe hacerse superior a sus desgracias, encontrando en la abnegación y el desinterés de sus hijos recursos instantáneos para las necesidades, bálsamo y consuelo para todos los dolores.

Si nos fuera posible trazar el cuadro lleno de rasgos sublimes y de conmovedores detalles que han ofrecido las diferentes clases de la sociedad al unirse espontáneamente para

llevar a cabo su santa misión, escribiríamos una de las más hermosas páginas de la historia de un pueblo, que tan brillantes las tiene ya en sus anales gloriosos. Pero no es posible: no basta la imaginación a abarcar, ni hay pluma que pueda describir tantas escenas conmovedoras como se han desarrollado a nuestros ojos durante esos inolvidables días. Ya mostrándose en forma de asociación por medio de los *amigos de los pobres,* ya guiando con celeste iniciativa el generoso impulso de los sentimientos individuales, enérgica, activa, poderosa como la terrible epidemia que iba a combatir, la caridad, hija del cielo, se ha engrandecido, se ha multiplicado, ha hecho, en fin, patente que es la más grande y la más fecunda virtud que existe en la tierra.

Las fatigas más rudas, el temor al contagio, el espectáculo de las miserias más inconcebibles, antes que a desanimarla y vencerla han servido para fortificar su fe avivando y haciendo más intensa la llama de inextinguible amor que la consume.

¿Qué inmensa abnegación, qué inquebrantable fortaleza de espíritu, qué fe tan ciega no habrá necesitado para seguir, constante y animosa, por tan áspero sendero, para no retroceder, llena de pavor y desaliento, ante la gigantesca obra que había acometido? ¡Hasta

que no se levanta por un acaso el velo que cubre ciertas horribles e ignoradas escenas; hasta que no se desciende a respirar un momento la corrompida atmósfera que respiran las últimas clases sociales; hasta que no se ven realmente y en toda su horrible desnudez ciertos dolores cuya pintura nos parece luego exagerada; hasta que una de estas inopinadas catástrofes, revolviendo el légamo del fondo, no viene a empañar la aparente limpidez de las aguas en que vemos retratarse como en un espejo la risueña imagen del bienestar de la vida; hasta entonces, repetimos, no puede calcularse cuán profundo es el abismo de la miseria que hay oculto a nuestros pies, cuán inmenso campo queda aún a la caridad para ejercitarse en sus piadosas obras, qué raquíticos y qué insuficientes son los medios de que la filantropía oficial dispone para extirpar de raíz el cáncer que nos corroe las entrañas!

Hoy que la causa que ha hecho ver más claras esas tristísimas miserias ha desaparecido; hoy que el público de Madrid puede apreciar con ánimo más reposado y sereno la gran victoria que los obscuros y generosos soldados de la caridad han conseguido con sus incansables esfuerzos contra el duro azote que ha llenado de consternación una gran parte de la península; hoy que se tocan los

efectos maravillosos del celo que lo prevé y lo detiene, de la abnegación que lo busca y lo combate y del desprendimiento que hace menos amargas sus consecuencias, debemos unir nuestra humilde voz a la de los hombres pensadores que, encontrando en el fondo de las más dolorosas calamidades una fuente de experiencia y enseñanza, piden que no pase desapercibido, ni se olvide tan sublime ejemplo.

Al consagrar una de nuestras páginas al glorioso recuerdo de tantas y tan heroicas acciones como hemos presenciado; al dar desde las columnas de nuestro periódico al generoso pueblo de Madrid una entusiasta muestra de la profunda admiración que su conducta nos inspira, abrigamos la esperanza de que su inagotable caridad no se habría despertado más viva y más ardiente que nunca para brillar con tan intenso esplendor un punto y amortiguarse luego.

En vano al llenar otra vez el aire los alegres rumores de la vida activa; en vano al sentirnos arrastrados otra vez por el torbellino de las pasiones podrá tratarse de olvidar los horribles misterios que se han hecho claros al penetrar en esas viviendas miserables e infectas, donde viven respirando una atmósfera emponzoñada y luchando con el hambre y

la desnudez millares de seres a quienes sólo sus hermanos pueden tender una mano piadosa.

Los cálculos de la ciencia económica, los desvelos de la administración, los esfuerzos de los gobernantes han sido y seguirán siendo impotentes para la resolución del pavoroso problema de la miseria social, que, como la esfinge de Edipo, amenaza devorar a las naciones que no acierten a descifrar su obscuro enigma. Sólo queda un camino abierto, sólo queda una doctrina: el camino que nos trazó el divino Maestro, que sobre la piedra de la caridad echó los sólidos cimientos de la civilización moderna: la doctrina que El mismo predicó a sus discípulos por medio de un hermoso símbolo cuando, para hacerles comprender hasta qué punto la caridad puede realizar imposibles, dió de comer con cinco panes y cinco peces a millares de hombres.

LA CALLE DE LA MONTERA

La calle de la Montera de nuestros días, esa calle engalanada, coqueta y bulliciosa, centro, podemos decirlo así, del comercio de Madrid, era hace tres siglos más bien que calle, un lodazal en tiempo de invierno y un depósito de polvo y de inmundicias en verano.

La policía urbana era desconocida entonces, y porque un honrado vecino arrojase a la vía pública los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh, hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenías, y para dar de ello una ligera prueba diremos que procede el que llevas actualmente, de cierta hermosa dama, tan hermosa como... coqueta, mujer del montero mayor del rey.

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenía escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no se crea que estos escándalos deshonra-

sen al señor montero mayor: todo menos eso.

La dama era, según opinión pública, honestísima, y ningún galán de los infinitos que la solicitaban podía vanagloriarse de haber obtenido de ella el favor más insignificante.

Todo lo más que sucedía era que la señora *Montera* se asomaba a sus balcones tan luego como Dios ordenaba al sol que alumbrase la tierra, y entonces, a pretexto de cuidar de las flores de sus búcaros, arrojaba a la calle, así como al descuido, dos o tres de las marchitas.

Cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que por un clavel rojo y una maravilla jaspeada de blanco, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla el nombre) y un alférez de guardias *amarillas,* quedando este último bastante malherido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba o volvía de la iglesia, bajaba un tantico el rebocillo de su manto de seda negra, y tenía para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego. ¡La niña no sabía mirar de otra manera!

Por las noches, si alumbraba la luna—pues entonces no había más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los vecinos alimentaba en algunas calles, y es fama que

en la de la Montera no existía ninguna—, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de la bella dama *cien galanes sin ventura.*

Mirábanse los unos a los otros; retorcían el mostacho a la Borgoñona que todo el que tenía pelos en la cara usaba entonces, y tropezándose al pasar, buscaban de esta o de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más o menos consideración.

Los poetas o los que presumían de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada a la espalda y arañando en una vihuela, laúd, tiorba o bandurria, desahogaban su amoroso afán en canciones capaces de ablandar no digo a una Montera pero sí a cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entonces en el centro de la mal llamada puerta del Sol, y que se conocía con el nombre de Mari-Blanca.

La dama se hacía sorda a estas demostraciones, y sus celosías permanecían cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdónesenos la comparación) sacaban las uñas, o llámense espadas si gustáis, y zis, zás, estocada tras estocada, no tardaba en oirse un: "¡Dios me socorra!" y cataplúm: ¡hombre a tierra!

Sobrevenía entonces la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa, y tropezaba con un muerto, no dándose nunca el caso de que el vivo, o sea el matador, fuese capturado.

En algunas noches obscuras, sucedía que al acudir la ronda al rumor de una pendencia, hacían causa común los galanes y arremetían con sin igual furor a los pobres golillas, administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos a la desbandada, pidiendo favor y ayuda.

Y entretanto la señora *Montera,* Dios sabe si en dulces y suaves coloquios, estaría burlándose de sus amadores en compañía de su muy amado marido, o si para cada uno de sus suspiros tendría un ronquido más o menos armonioso.

Cuando, después de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogía, al amanecer, un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena *Montera,* tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba a oir misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueterías.

He aquí, lectores amables, por qué la linda calle que da nombre a este artículo se llama la calle de la Montera.

Respecto al comercio que entonces existía en ella, estaba reducido a unos miserables tenduchos en los cuales se vendía pan. Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y a fin de que no hurtasen el pan tenía a la entrada unas fuertes mallas de cuerda sujetas a un marco. Por eso aún en el día es conocido aquel sitio con el nombre de *Red de San Luis*.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER EN LA CATEDRAL DE GERONA

Entre los varios documentos dignos de estima que se encuentran en la antigua e histórica ciudad de Gerona, merece particular mención su catedral, elegante obra construída por los años de 1416 bajo la dirección de Guillermo Boffy.

Recorriendo sus extensas naves bañadas por la claridad tenue y misteriosa que penetra al través de las caladas ojivas, deteniéndose á contemplar los objetos de arte acumulados en su recinto, o repasando en la imaginación las antiguas memorias que despiertan los nombres de los ilustres personajes que duermen el eterno sueño de la muerte bajo sus santas bóvedas, el artista, el arqueólogo y el historiador encuentran ancho campo para sentir y estudiar.

Muchas son, en efecto, las cosas notables por su mérito o su antigüedad, que en ella pueden admirarse; pero una de las más curiosas es, sin duda, el sepulcro de Raimundo Berenguer, segundo de su nombre entre los condes de Barcelona y al cual hicieron famoso sus hechos y su desastrosa muerte. Beren-

guer I, conocido con el sobrenombre de *El Viejo,* instituyó al morir por herederos suyos a los dos hijos que tuvo en su segunda mujer doña Almodis. Raimundo Berenguer y Berenguer Ramón disputaron por largo tiempo entre si antes de deslindar definitivamente sus tre sí antes de deslindar definitivamente sus respectivos derechos. Documentos sacados a luz en nuestros días por escritores diligentes y eruditos especifican con todos sus detalles las negociaciones, los tratos y contratos, avenencias y rupturas a que dió lugar este asunto. Por último, ambos hermanos se avinieron a gobernar pro-indiviso sus Estados, aunque sólo Raimundo usó el título de conde.

A pesar de encontrarse acordes en la apariencia, sea porque le impulsase a ello su carácter duro y su aviesa condición, sea porque se creyese agraviado por la preeminencia concedida a su hermano, Berenguer Ramón no cesó de hostilizar secretamente a Raimundo, llegando a tal extremo en su animosidad que la tradición, a despecho de la historia, atribuyó siempre a una de sus asechanzas la muerte del infortunado conde. Los documentos de que dejamos hecho mérito, los cuales arrojan nueva luz sobre este obscuro período de las crónicas catalanas, confirman y robustecen la que sólo fué un tiempo opinión del vulgo.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER

La muerte de Raimundo Berenguer, a quien a causa del extraño color y la abundancia de sus cabellos dieron el sobrenombre de *Cabeza de estopa,* ocurrió a los cinco años de haber entrado en posesión de la señoría condal. Engolfado en la persecución de la caza, se alejó de su comitiva internándose por un monte solitario, con el azor en el puño. Acometido allí por una gavilla de bandoleros, cayó herido de muerte a los primeros golpes. La tradición refiere que los asesinos arrastraron el cadáver lejos del teatro del crimen y le enterraron para hacer desapareecr sus huellas; pero el azor, que, al caer herido su dueño, se había escapado volando, fué a colocarse sobre una roca cercana a la sepultura y desde allí llamó la atención de la comitiva del conde con sus gritos lastimeros. Descubierto el ensangrentado cuerpo de Raimundo y trasladado a Gerona, la gente llamó a la roca a cuyo pié se había encontrado, *la percha del azor,* nombre que ha conservado hasta el día.

LA VUELTA DEL CAMPO

Cuando la farola de la Puerta del Sol, de Madrid, desplegando sus abanicos de luz anuncia que ha concluído la tarde y comienza la extraña e inquieta vida de la noche, vida artificial propia de los habitantes de los grandes centros; cuando los teatros abren de par en par sus puertas, las mesas de los cafés se llenan de parroquianos, los carruajes cruzan las calles a la carrera, las vendedoras de periódicos atruenan los oídos con sus voces, los toreros y desocupados se posesionan de las cuatro esquinas, y el vicio sin disfraz ni misterio circula en forma animada y viviente entre la multitud que va y viene presurosa en direcciones encontradas, la imaginación, amiga de los contrastes, se suele transportar lejos de la escena que la aturde, comparando el cuadro que ofrecen a aquella misma hora algunos obscuros y silenciosos rincones a que la civilización no ha llevado aún sus costumbres perturbadoras de las leyes de la naturaleza.

La contemplación mental de los nuevos ho-

rizontes varía el curso de las ideas, y lo que comenzó sátira acaba en idilio. Vuelven a la memoria los risueños campos que hemos visto alguna vez en nuestros viajes iluminados por el último y dorado reflejo del sol de otoño. El cielo violado del crepúsculo, que guarda aún las armoniosas tintas de la luz que desaparece; la niebla azulada de la noche, que borra poco a poco los colores y los contornos de los objetos; las chimeneas del hogar, donde se prepara la comida para los trabajadores y que arrojan, a intervalos, borbotones de humo; el canto lejano del labrador, que vuelve de sus faenas del día, caballero en su poderosa yunta de mulas, y acompaña su canción con el monótono ruido del timón del arado, que arrastra por la tierra; el vibrante sonido de las esquilas del ganado, que anuncian a gran distancia el regreso de los pastores; todos esos murmullos, en fin, que van debilitándose gradualmente y que llenan el alma del suave y sosegado bienestar que nos predispone al reposo y al sueño.

PROCESION DEL VIERNES SANTO EN LEON

Entre los países católicos, seguramente es España uno de los que más se distinguen por la pompa y el esplendor del culto. Las ceremonias religiosas de la Semana Santa, si bien en la actualidad han perdido algo de su primitivo carácter, en algunas poblaciones todavía son tan dignas de llamar la atención, que desde muy lejos y aun de naciones extranjeras acuden curiosos o devotos a pasar esta época del año en los puntos más célebres por el número y la riqueza de sus congregaciones y cofradías.

Nada diremos de Sevilla, cuya Semana Santa se ha comparado por algunos con la de Roma, no faltando quien dé la ventaja a la primera; tampoco hablaremos de Toledo, cuyas imponentes ceremonias gozan de fama universal. Lo mucho que se ha escrito acerca de las fiestas religiosas de estas y otras poblaciones frecuentemente visitadas por artistas y literatos, nos induce a buscar la novedad ocupándonos de otras procesiones que, como la del Viernes Santo, en León, son menos co-

nocidas a pesar de que por sus detalles y las originales escenas a que dan lugar, merecen que se haga de ellas aunque no sea más que un ligero estudio.

Esta procesión, llamada vulgarmente *El Encuentro,* sale a las diez de la mañana del Viernes Santo y recorre casi todas las calles de la ciudad, acompañada de cofrades con hachas encendidas, cruces, estandartes y pendones. En esta forma sigue hasta llegar a la Plaza Mayor, donde la espera una multitud de gentes, entre las que se ven pintorescos grupos de montañeses y aldeanos, que en días semejantes acuden a la capital engalanados con sus vistosos y carecterísticos trajes.

En uno de los balcones del piso principal de la casa del Consistorio, y bajo dosel, se coloca un sacerdote, el cual, esforzando la voz de modo que pueda hacerse oir de los fieles que ocupan el extenso ámbito de la plaza, comienza a trazar a grandes rasgos y en estilo tan dramático como original todas las escenas de la pasión y la muerte del Redentor del mundo.

Como nuestros lectores pueden suponer, la oratoria especialísima del encargado de dirigirse a la multitud para prepararla convenientemente a sentir la extraña escena que va a presenciar, abunda en rasgos y comparacio-

nes que en otro sitio podríamos calificar de toscos y vulgares, pero que son sin duda los más adecuados en esta ocasión, sobre todo si se tiene en cuenta que el auditorio a que se dirige lo componen en su mayor parte gentes ignorantes y sencillas.

Durante el sermón, el paso de Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, está al extremo de la plaza, a la derecha del predicador, y en un momento determinado los de San Juan y la Virgen de las Angustias, comienzan a bajar por una de las calles próximas y en dirección contraria.

Cuando unos y otros se encuentran comienza lo más importante de la ceremonia. El predicador interroga a los sagrados personajes o habla por ellos; otras veces se dirige a la multitud, explica la escena que se representa ante sus ojos, y con sentidos apóstrofes y vehementes exclamaciones trata de conmoverla, despertando por medio de sus palabras, que ayudan a la comprensión y al efecto de las ceremonias, un recuerdo vivo del encuentro de Jesús con su Santa Madre en la calle de la Amargura.

LAS JUGADORAS

Nosotros hemos visto jugar en todas partes, porque el juego se ha generalizado de una manera increíble.

En los dorados círculos de la alta sociedad, en los garitos de los tahures, al fin de las sucias y derruídas tapias de la Ronda, en cada calle, detrás de cada esquina, el vicio ha fijado en la corte una bandera de enganche para sus neófitos; sin embargo, en Madrid la afición a los naipes sólo ha reclutado adoradores entre el sexo feo, si exceptuamos alguna que otra ave de mal agüero y peor catadura, especialidad femenina que conocen los asistentes a ciertos tugurios con un nombre gráfico.

Es preciso salir de la coronada villa, es preciso dar una vuelta por algunas de las provincias de España, y muy especialmente por algunos de los pequeños lugares enclavados entre las sinuosidades de la parte más escabrosa e inexplorada del Alto Aragón, para encontrar completamente trocados los papeles.

En la tarde del domingo, cuando el cura del lugar, después de dormir la siesta sale a ha-

cer un poco de ejercicio por las eras cercanas, en compañía del alcalde, el médico y algunas otras personas graves de la población; cuando los labradores acomodados hablan sentados tranquilamente en los soportales de la plaza, y los mozos recorren las estrechas y tortuosas calles cantando la jota al compás de un guitarrico destemplado, se juntan en grupos a la puerta de una bodega, donde beben el vino en pucheros, forman círculos en el juego de pelota, donde se lucen los más ágiles, o asisten, envueltos en sus mantas, al tiro de la barra, donde campean los más forzados; cuando chicos y grandes, casados y mozos, viejos y muchachos discurren, en fin, de un lado a otro, celebrando, cada cual a su manera, la festividad del día, las mujeres se reúnen en las cocinas de las casas, en los cantones de las calles o en las avenidas de los caminos, y dejando a un lado el rosario en que rezaban al sonar el toque de vísperas, desenvaina cada cual su más o menos mugrienta baraja, se sientan en un corro y da principio el juego.

En cada círculo se juega con arreglo a las circunstancias y los medios de las jugadoras.

El ama del cura, la alcaldesa, la cirujana y alguna labradora acomodada juegan el chocolate y los esponjados al amor de la lumbre, donde brilla el alegre fuego del hogar y hier-

ve la vajilla con el agua preparada de antemano.

Las mujeres de los braceros y las hijas de los peones, engalanadas con sus apretadores verdes, sus sayas rojas y sus collares de cuentas azules, juegan en mitad del arroyo los cuartos y ochavos que han podido ahorrar en la semana, y gritan, riñen y se repelan al cuestionar sobre una jugada o el extravío de un maravedí.

Las chiquillas, sentadas al borde del camino que conduce al lugar, sacan también sus baratijas y juegan alfileres, huesos de frutas y cosas por el estilo.

REVISTAS CONTEMPORANEAS

(ULTIMA SERIE)

Febrero goza fama de loco, y en verdad que es la suya fama merecida; pues difícilmente se encontrará otro mes más sujeto a contrastes y variaciones. Por no parecerse a ninguno de sus compañeros de Calendario, sólo consta de veintiocho días; y hasta esos veintiocho días, para ser mudable en todo, se transforman en veintinueve los años bisiestos. Durante su breve reinado, el termómetro no descansa un minuto; el cuadrante hace los giros más increíbles, y el cielo se asemeja al foro de un teatro en la representación de una comedia de magia, que todo se vuelve poner y quitar decoraciones. En este mes, tan lógicamente se puede uno morir de un tabardillo, como de una pulmonía; con el mismo derecho puede uno quejarse de la alteración del sistema nervioso, producido por la sequedad de la temperatura, que de la vuelta de los dolores reumáticos, hijos de las nieblas y las humedades. Al templado soplo de las brisas, que anuncian la primavera, abre el almendro sus blan-

cas y tempranas flores, y el cierzo de Guadarrama impele la nieve que azota el vidrio de los balcones; a una mañana nebulosa sigue un día radiante; a un crepúsculo de la tarde, suave y largo como los de estío, una noche tan cruda como la más rigurosa de Navidad.

Y no paran aquí las variaciones y las excentricidades que le han granjeado a febrero general reputación de loco. Al lado de estos contrastes que sólo afectan, por decirlo así, la epidermis del individuo, hace gala de otros no menos bruscos, y seguramente más trascendentales y dignos de ser tomados en cuenta. Febrero tiene el raro privilegio de reunir, en su corto número de días, los más alegres y los más tristes de los doce meses. Dentro de una de sus semanas se dan la mano el beodo Carnaval y la escuálida Cuaresma. El que quiera dar en este mes a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, se ve en la precisión de embriagarse y ayunar, de bailar unas habaneras y oir un sermón, de comprarse una careta y unas disciplinas. Tan extraña amalgama de contricciones y locuras han hecho la tradición y las costumbres en este período del año. En vano el primer miércoles de la Cuaresma sale severo y grave a la mitad del camino de las alegres comparsas, y trata de ocultar debajo de sus cenizas

el fuego del Carnaval; el domingo de Piñata sopla al fin en ellas, y aunque fugaz, vuelve a lucir por un instante la llama de la orgía que, semejante a la luz de la lámpara, brilla más intensamente en el punto en que va a morir. He oído a un hombre de mucho talento hacer una observación respecto a las mujeres, que viene como de molde en la presente ocasión. Según él, siempre que éstas escriben, lo más importante de sus cartas lo dicen en la postdata y como por incidencia. Al Carnaval le pasa lo mismo. Cuando semejante al *Don Basilio* de *El Barbero,* torna a aparecer en escena para repetir su *buona sera,* despidiéndose por la centésima vez, resucita más animado, más ruidoso que nunca. El domingo de Piñata se llama la *postdata del Carnaval,* y en su cualidad de postdata, como en las epístolas femeninas, ha sido breve, pero interesante. Al exterior poco o nada se ha manifestado: el respeto a la Cuaresma por una parte, y la mala coyuntura del tiempo por otra, han impedido que las máscaras se lanzasen al Prado en comparsas, pero reconcentrándose el entusiasmo y la animación en los salones, desde los del Real a los de Capellanes. Todos han ofrecido larga cosecha de bromas y aventuras a los apasionados de este género de fiestas, que afirman no haber asis-

tido hace muchos años a otras tan brillantes, concurridas y alegres, como las del domingo.

Apagado el último y fugitivo esplendor de las pasadas diversiones, la Cuaresma ha entrado de lleno en la posesión de sus derechos, y el ánimo de las gentes se ha vuelto a fijar en cosas más graves. Imitando nosotros esta conducta, pasaremos a ocuparnos asimismo de asuntos más serios. Respecto a política, seguimos en la misma situación que estábamos.

De Chile no se ha recibido noticia alguna importante, pues aunque vuelve a hablarse de otro combate entre *La Resolución* y dos buques chilenos, la noticia ha llegado por conducto extra-oficial, y ya—permítasenos la palabrilla, aunque vulgar—estamos tan *escamados* respecto a las soñadas victorias, que aun después de verlas anunciadas en la *Gaceta*, hemos de esperar un poco para darles entero crédito.

Por el telégrafo sabemos que el Gabinete portugués ha significado al general Prim su deseo de que abandone aquel reino. Esta determinación, que el ministerio funda en la última proclama del general español, ha sido objeto de ardientes debates en la Cámara, donde las oposiciones liberales piensan dar una gran batalla política a los hombres que ocupan el Poder.

En París vuelve a hablarse de un viaje de la emperatriz Eugenia a la capital del mundo católico con motivo de las próximas solemnidades religiosas de Semana Santa. Como es natural, a este viaje se da una gran significación política, y aunque ya en otras ocasiones se ha hablado sin fundamento de proyectos semejantes, ahora se cree que la presencia de la emperatriz en Roma, coincidiendo con la retirada de las tropas francesas, tiene el objeto de dar al solio pontificio el apoyo moral suficiente a contrabalancear el material que va a faltarle. Ello es lo cierto, que al cumplirse el término de la estipulación de 15 de septiembre, los asuntos políticos de Italia presentan una faz muy distinta de la que en el nuevo reino esperaba encontrar el partido de acción. El contingente para el ejército pontificio se ha cubierto en Francia, el príncipe imperial contribuye con sus intereses particulares a costear el armamento de guerra de estos nuevos cuerpos de ejército, el emperador Napoleón se pronuncia decididamente en las Cámaras a favor de la conservación del poder temporal del Papa, y la emperatriz se dispone a ir en persona a prosternarse ante el solio pontificio. No era esta, seguramente, la perspectiva qeu soñaron para cuando expirase el plazo convenido

entre el Gabinete de las Tullerías y el de Turín, los que sólo veían en Florencia la última etapa para penetrar en Roma.

El malhumor que este estado de cosas, poco halagüeño para sus intereses, produce en la corte de Víctor Manuel, ha venido a recaer en nosotros como de rechazo, y la nota de Lamármora dirigida al Gabinete español es una prueba.

Entretanto que estos asuntos entretienen la curiosidad y despiertan el interés de los hombres políticos, reanudando la serie de preocupaciones serias, un momento interrumpidas por el estrépito y la alegre vocería de la multitud que ha tomado parte en las últimas fiestas del Carnaval, los círculos científicos y literarios, así dentro como fuera de nuestro país, vuelven a su actividad acostumbrada. De Constantinopla dicen que han comenzado a celebrarse las sesiones de las conferencias sanitarias, prevaleciendo en ellas y en gran mayoría la opinión de que la terrible enfermedad, objeto de sus estudios y debates, es indudablemente contagiosa. La ciencia, pues, si esta opinión se confirma, tendrá que dar un paso atrás resucitando en lo posible el antiguo sistema de cuarentenas y aislamiento de los puntos invadidos. Como quiera que al aparecer la primavera no sería extraño que

con ella apareciese otra vez el cólera en algunas localidades de nuestro país, creemos que sería muy conveniente que el gobierno y las corporaciones tuviesen un criterio a que ajustarse conforme con lo que de estas conferencias resulte. Los trabajos para la Exposición de los objetos traídos del Pacífico por la Comisión científica que acompañó a la escuadra española se prosiguen activamente, y a juzgar por las noticias que tenemos, será digna de la ilustrada e inteligente persona a quien se ha confiado la dirección de tan importante asunto.

Las Academias literarias y científicas, cumpliendo con el objeto para que fueron fundadas, dan asimismo señales de animación y vida. La de la Lengua ha premiado últimamente con el accésit, en sesión extraordinaria, las dos novelas españoles que, entre las varias presentadas al concurso, se han juzgado dignas de esta honorífica distinción. Falta hace que, bien por medio del estímulo, bien por medio de discusiones didácticas sobre tan interesante asunto, las corporaciones literarias, apoyándose en la crítica, procuren señalar el verdadero camino de la novela nacional, que dadas las brillantes condiciones de imaginación que especialmente distinguen a los ingenios españoles, puede prometerse un bri-

llante porvenir. La Academia de Ciencias Políticas y Morales, cuya presidencia estuvo encomendada al eminente repúblico y erudito literato D. Pedro José Pidal, ha nombrado para sustituirle en este importante puesto a D. Lorenzo Arrazola. La fama de que goza el más notable de los comentaristas de nuestras leyes en el mundo de la política y de las letras, justifica cumplidamente esta acertada elección, que con dificultad podía haber recaído en persona de más respetabilidad y méritos. Los teatros, saliendo del quietismo que en alguno de ellos se venía observando hace algunas semanas, han ofrecido en ésta diferentes novedades. En el Real ha habido de todo, pues mientras el público inteligente y de buen gusto no ha podido menos de aplaudir los conciertos sacros, y especialmente a la señora Rey-Balla y a los concertistas que le han acompañado en la interpretación del *Ave María* de Gounod, la misma distinguida cantante, el Sr. Abruñedo y el cuadro de artistas que ha resucitado el *Hernani,* para desesperación de los abonados al regio coliseo, han encontrado, en la indiferencia o en las muestras de disgusto del público, el castigo de su temeridad al acometer la obra de Verdi con tan evidente falta de fuerzas en unos, y de ensayos y de unidad en otros.

En el teatro del Príncipe, y en tanto que se continúan los ensayos de la última producción de Ventura de la Vega, la cual ya deberá haberse representado cuando *El Museo* llegue a manos de sus habituales lectores, se ha puesto a beneficio de la señorita Valverde la comedia titulada *Un hombre público.* Esta comedia, escrita con gracia y ligereza, pero cuyo asunto, por demás trivial, carece de interés y de importancia, ha tenido una regular acogida por parte del numeroso público, que pagaba con su presencia un tributo de simpatías a la beneficiada. Más lisonjero éxito ha obtenido en el teatro del Circo la pieza nueva titulada *La tapa del cuello,* que con la loa lírico-burlesca *Caltañazor y Arderíus,* o *de Dios nos venga el remedio,* puesta en escena en el teatro de la Zarzuela, tiene el privilegio de llamar la atención de los aficionados al género entretenido y agradable, que a falta de grandes y transcendentales producciones, no dudamos en calificar de el mejor y más adecuado al fin que se propone el teatro moderno, que es enseñar y distraer. Cuando de las obras no resulta una gran enseñanza, lo cual no es del todo fácil, justo es que al menos resulte una razonable distracción.

Ultimamente, el mismo teatro del Circo, que ya al principio de la semana ofreció una

novedad a sus habituales favorecedores, ha puesto en escena, a beneficio de la simpática actriz doña Adela Alvarez, una obra que ha conseguido llamar la atención del público, y que por el ligero juicio que hemos podido formar de ella en una primera representación, merece los elogios que la Prensa le tributa. *Dulces cadenas,* que tal es el título de la nueva comedia con que se ha revelado autor dramático de mérito un joven escritor, hasta hoy casi desconocido, tiene, desde luego, para nosotros una gran recomendación, que consiste en no haber venido al teatro precedida de esa atronadora sinfonía de aplausos de gacetilla, con la cual suelen anunciarse otras producciones, que al fin concluyen con un fiasco.

En el ensayo dramático del Sr. San Juan, si ensayo puede llamarse una obra que reúne las condiciones de la suya, no campea tanto la novedad y la importancia del pensamiento como el tino poco común con que lo ha desarrollado y la armonía que se advierte entre las diversas partes que lo componen.

El público con sus aplausos, y la Prensa con sus unánimes elogios, han recompensado dignamente al modesto joven que con tan legítimos títulos viene a pedir un puesto entre nuestros escritores dramáticos. Nosotros uni-

mos nuestro más sincero parabién a los muchos que de todas partes recibe; pero entre el concierto de merecidas alabanzas que en este momento halaga sus oídos, permítanos el señor San Juan que, a la manera que los egipcios presentaban un ataúd en medio de sus festines y los romanos ponían un esclavo en el carro de la victoria para decirles a cada instante al triunfador *acuérdate que eres hombre,* nosotros, a nuestra vez, le recordamos que la carrera de escritor dramático es tan brillante como difícil; que de la escena, quizá con más razón que de la mujer, pudo decir Shakespeare: *pérfida como la onda,* y que en este país donde tantos empiezan por el fin, la verdadera inteligencia no debe fiar mucho ni dormirse sobre los laureles de un primer escrito.

En los estrechos límites de una revista que ha de tratar diversos asuntos, no cabe el juicio crítico de una obra de tanta importancia como la que últimamente se ha puesto en escena en el teatro del Príncipe, y que con justicia ocupa en primer término la atención del público. Dejando a otros intacto el campo de la crítica literaria e histórica, por nuestra parte nos limitaremos a decir algunas palabras acerca de la primera representación de la obra del malogrado Ventura de la Vega, la cual, a pesar de las condiciones que hacen sumamente difícil su desempeño, ha sido una verdadera solemnidad dramática y un magnífico y merecido triunfo para su autor.

Mucho se ha discutido y se discute aún la conveniencia de representar una tragedia que, como la de que nos estamos ocupando, exige un cuadro de actores numeroso y escogido para que la interpreten, y un público inteligente y de un gusto muy depurado, para que sienta sus bellezas especiales. Los que opinan porque *La muerte de César* no debió

ponerse en escena, dicen que la cuestión estaba prejuzgado por el mismo autor de la obra en el hecho de haberla impreso antes de llevarla al teatro, donde, según sus palabras, no esperaba verla nunca; su tragedia creyó, pues, Ventura de la Vega, que más era para leída que para vista representar. No obstante, la piedra de toque para aquilatar el valor de los trabajos dramáticos, es la escena. Hasta que la obra teatral no se anima y toma cuerpo, hasta que sus personajes no comienzan a moverse y a respirar, desenvolviéndose la acción en una forma más real y tangible a los ojos de los espectadores, no es fácil juzgar de sus condiciones escénicas ni de su verdadero mérito. Por nuestra parte no se nos ocultaba que la inspiración, demasiado casera, de la mayor parte de nuestros poetas modernos, tiene más familiarizado al público con las intrigas de tocador y las mezquinas pasiones de frac negro y corbata blanca, que con los imponentes vestíbulos del Foro de Roma y los enérgicos caracteres de los hombres de aquellos siglos; ni tampoco dejábamos de comprender que aunque hay actores de gran talento en el teatro del Príncipe, faltaría unidad en el cuadro, bastante numeroso, de los personajes de la obra; pero a pesar de todo, deseábamos verla en escena, y el éxito que ha

obtenido nos ha confirmado en la idea que teníamos acerca de la conveniencia de su representación. El éxito de *La muerte de César*, de una obra hija tanto de la inspiración como del estudio, que ha debido ajustarse a rigurosos preceptos literarios, en la que ha sido preciso marchar por la senda que traza la historia, cuyo general conocimiento impide hoy ciertas desviaciones, no podía ser nunca uno de esos éxitos de interés palpitante, de emociones más vivas que profundas, éxitos de curiosidad o de sensación propios de la moderna escuela dramática. Más reposada, más severa, más fría, si se quiere, la tragedia de Ventura de la Vega, fruto de un trabajo concienzudo, retrato fiel de una época histórica, vestida con galas poéticas tan graves, tan sencillas como la toga y el manto de sus personajes, habla a un mismo tiempo a la inteligencia que al sentimiento, y de la dulce armonía que forman al combinarse las dos cuerdas que vibran a la vez en el corazón y en la cabeza de los espectadores, resulta ese placer profundo, tranquilo e indefinible que producen las verdaderas obras de arte en los que alcanzan a comprenderlas y están organizados para poder sentirlas. El escogido público que en la noche del estreno llenaba las localidades del teatro del Príncipe, reunía, ca-

si en su totalidad, estas condiciones. El triunfo del poeta cuya pérdida llora aún, y llorará largo tiempo la musa castellana, fué, pues, tan satisfactorio y tan legítimo como era de esperar. Ya desde mucho antes que comenzara la representación de la obra, el animado aspecto de la sala, y la multitud de personas conocidas en el mundo de las letras, la política y las artes, que habían acudido a esta solemnidad literaria, nos dieron la medida del entusiasmo y la general aceptación con que sería acogido el homenaje que la empresa del Príncipe trataba de ofrecer a la memoria de Ventura de la Vega. Durante el curso de la representación, el profundo silencio con que escuchaba el público los altos conceptos en que abunda la obra, sólo se interrumpía de cuando en cuando para dar lugar a espontáneas manifestaciones de aprobación y aplausos unánimes. Al terminar el último acto el busto de Ventura de la Vega fué coronado en la escena entre las estusiastas aclamaciones del público, que arrojaban coronas, versos y flores, y Romea, con la voz entrecortada por la emoción, pero con esa entonación y ese sentimiento admirables con que sólo él sabe hacerlo, leyó la siguiente poesía de D. Ricardo de la Vega, uno de los hijos del ilustre autor de la obra que acababa de representarse:

"Hoy, que del romano sol
de nuevo la lumbre brilla,
se empaña el sol de Castilla
llorando al vate español.
César no ha muerto: al crisol
del que padre suyo fué,
vive, alienta, se le ve;
y para verlo en tal día,
¡al padre del alma mía
no hay quien la vida le dé!

Crezca en entusiasta ruido
que en esta noche sublime
placer y dolor imprime
a mi corazón herido.
Rásguese el velo tupido
que oculta misterio santo,
y a ti, en armonioso canto,
llegue, ¡oh padre sin igual!,
el aplauso universal,
y de tus hijos el llanto.

Público, vates y actores
que, para honrar la memoria
de quien os lega su gloria
tejéis coronas de flores:
¿cómo tan tiernos favores
puede un hijo agradecer?
¡Si es la gratitud deber
y esperáis el galardón,
ahí os va mi corazón;
no tengo más que ofrecer!"

Algunos días después de la representación de *La muerte de César,* hemos asistido a otra solemnidad más grave y también conmemorativa de un ilustre poeta, cuyo nombre constituye por sí solo una verdadera gloria nacional. La Academia Española acordó celebrar solemnos honras fúnebres por el eterno descanso de su difunto director, el ilustre duque de Rivas, y unos invitados, otros espontáneamente, todo lo más escogido de la sociedad madrileña ha acudido a la real iglesia de San Isidro, a pagar este respetuoso y cristiano tributo a la memoria del autor de *Don Alvaro.*

El nombre del duque de Rivas, que con este motivo vuelve a evocarse en la Prensa, rodeado del prestigio y el respeto que merece, ha contribuído a que se reanime la cuestión de la corona poética que los literatos españoles trataban de dedicarle, al mismo tiempo que se diera en el teatro del Príncipe una representación extraordinaria de la más notable de sus obras escénicas. Esperamos que la comisión encargada de disponer los medios de honrar dignamente la memoria del hombre que por sus condiciones de corazón y de talento supo conquistarse el cariño y la admiración de sus conciudadanos, no demorará el día en que el país pueda satisfacer esta deuda

de gratitud contraída para con uno de sus más esclarecidos ingenios.

En política, la semana se ha presentado más escasa de acontecimientos que en literatura. Respecto a España, lo más corto y lo más prudente nos parece decir que nada ha sucedido, pues si bien se ha insertado en la *Gaceta* la sentencia condenando al general Prim y a los que le siguieron en las sublevaciones de Aranjuez y Ocaña, y hemos tenido conocimiento de las deliberaciones de la Cámara portuguesa, favorables en su mayoría al acuerdo del Consejo de Ministros extrañando, al mismo famoso personaje del vecino reino, tanto estos sucesos como el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Chile y el Perú, eran cosas sabidas o esperadas y, por lo tanto, el interés que han inspirado, corto y pasajero.

En el exterior, la Prensa extranjera se ocupa, comentándola de diversos modos, de la revolución de los Principados. Esta revolución, que puede decirse que no ha sido vista ni oída y que, de la noche a la mañana ha dado, sin embargo, en tierra con el príncipe Couza, destruyendo en un día y desbaratando con golpe violento una de las más arduas y complicadas combinaciones de la diplomacia europea, aunque animada de cierto espíritu liberal, no ha

aparecido con tendencias democráticas. Llevada a cabo por el ejército, con la cooperación de las masas populares, se ha consumado sin derramamiento de sangre, y después de arrancarle un acta de abdicación al príncipe destronado y de autorizarle para abandonar el país, los miembros del Gobierno provisional se han apresurado a ofrecer la corona al conde de Flandes, hermano menor de Leopoldo II, actual rey de Bélgica. Pero los tiempos se presentan tan duros para reinar que lo que en otras épocas se consideró el límite de la humana ambición, hoy sale poco menos que a la plaza pública y se ofrece casi de balde, sin encontrar licitadores. Ejemplos son el trono de Méjico, aceptado con tanta dificultad y tantas condiciones; el de Grecia, vacante largos meses y ocupado a duras penas por un príncipe dinamarqués; el de Rumania, en fin, que no ha admitido el conde de Flandes y que esperará vacío a que las potencias europeas le busquen un candidato con la linterna con que Diógenes buscaba un hombre. Fuera de este acontecimiento que, aunque lejano, llama la atención y fija por el momento el interés de los que siguen el complicado curso de la política extranjera en todos sus detalles, nada de particular o de nuevo ocurre. En Ita-

lia, como se esperaba, el gabinete Lamármora ha salido triunfante en la votación de las Cámaras, donde se discutía una cuestión que el Gobierno creyó que, de aprobarse, podría significar un voto de desconfianza. En Inglaterra siguen a vueltas con la vasta conspiración de los fenianos irlandeses, que, como a la hidra de la fábula, parece que le renacen las cabezas a medida que se le cortan; y, por último, la Prensa de los demás países comenta la nota del cardenal Antonelli sobre las consecuencias del tratado de 15 de septiembre, nota que acaba de hacer pública *El memorial diplomático.*

Terminada ésta que pudiéramos llamar digresión política, y volviendo al terreno literario y artístico en que comenzamos nuestra revista de la semana, réstanos aún escribir algunas líneas para completar el cuadro de los acontecimientos que en ella han ocurrido. La nueva empresa de la Zarzuela, a cuyo frente se ha colocado el simpático actor Arderius, acaba de ofrecer un juguete en un acto, titulado *Don Genaro,* debido a la pluma que ha escrito *Don Tomás* y *El último mono.* Este juguete, aunque inferior a las festivas y populares obras de su autor, revela en algunos chistes y en la viveza y la facilidad del diálo-

go las indisputables condiciones de talento y espontaneidad que adornan al Sr. Serra. La comedia del Sr. Mozo Rosales, estrenada en el mismo teatro con el título de *La niña mimada,* es una producción ligera destinada a entretener algunas noches al público que acude al teatro de Jovellanos y a pasar sin dejar huella alguna.

Los *dilettantes* son los que están de enhorabuena con la llegada de Tamberlik, el cual viene a pronunciar el *quos ego,* de Neptuno, calmando con el mágico eco de su poderosa voz las tempestades del teatro de Oriente. Cuando esta revista se publique, si los carteles no nos engañan, lo cual suele suceder con alguna frecuencia, ya el tenor favorito del público madrileño habrá debutado en *La Africana,* obra en la cual le auguramos un brillante éxito.

Ahora que hemos puesto fin a nuestra periódica revista y que febrero, para morir tan loco como ha vivido, se despide de nosotros azotando los vidrios de nuestros balcones con una espesa lluvia de blancos y menudos copos de nieve, vamos a leer sentados al calor del fuego los últimos versos que han brotado de la elegante pluma de uno de nuestros más dulces poetas. En uno de los próximos números hablaremos más largamente de *El Cau-*

dillo de los Ciento, novela escrita en verso por D. Antonio Arnao, que es el nuevo libro que hoy ocupa la atención de los círculos literarios y al que acabamos de aludir en las líneas anteriores.

La Real Academia Española ha celebrado una sesión extraordinaria para conmemorar dignamente entre sus individuos el nombre del ilustre duque de Rivas. Correspondiendo a su galante invitación hemos tenido el gusto de asistir a esta solemnidad literaria.

Nuestro corazón se dilata y se ensancha nuestro ánimo cuando, haciendo punto un instante en medio de las graves preocupaciones políticas que nos rodean, en medio de la inquietud y las luchas de encontrados principios e intereses que nos agitan, encontramos ocasión de asistir a un espectáculo tan consolador y satisfactorio como el que ofrece una corporación, respetable por los méritos de los individuos que la componen, al reunirse grave y sosegadamente para consagrar un público y solemne testimonio de su gratitud y admiración, no al hombre político, no al grande de España, sino al poeta que entró un día por las puertas de la Academia trayendo su *Romancero histórico* en la mano como el mejor título a tan señalada honra.

El acto, al que han concurrido, a más de los académicos que forman parte de la corporación, multitud de individuos de otras academias científicas, y personas conocidas por su posición en el mundo de la política y de las letras, estuvo realzado con la presencia de algunas elegantes damas, entre las que en lugar preferente tuvimos el gusto de ver a las de la familia del inolvidable duque, cuyo busto de mármol, colocado sobre la mesa de la presidencia, delante del sitial vacío y cubierto con un velo negro, nos traía a la memoria el tiempo en que el respetable anciano, aquejado ya de los males que habían de concluir con su existencia, venía aún a dirigir los debates y a aportar a las más obscuras cuestiones la luz de su esclarecido ingenio.

Pero nuestro recuerdo se hizo más vivo, y la figura del hombre notable por tantos conceptos, en cuya honra tenía lugar aquella solemne reunión, comenzó a dibujarse con líneas cada vez más acentuadas a los ojos de la fantasía, cuando el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, unido al ilustre difunto por estrechos lazos de parentesco y de íntima amistad, cumpliendo el triste al par que satisfactorio encargo que la Academia había tenido a bien confiarle, comenzó a trazar a grandes rasgos el cuadro de la agita-

da y gloriosa vida del poeta, examinando de paso la índole de sus creaciones más populares, y apreciando el conjunto de sus obras literarias con un alto y luminoso criterio, que puso de relieve el carácter del autor, la especialidad de su talento y el influjo que había ejercido en su época. El trabajo del Sr. Cueto, tan digno de llamar la atención por su elegante forma y castizo lenguaje, como por el tino y la profundidad de sus observaciones críticas, fué acogido con significativas muestras de aplauso por parte del numeroso y escogido auditorio que llenaba el local de la Academia, colmando la medida del entusiasmo producido en los concurrentes por los brillantes rasgos de la necrología del autor de *Don Alvaro* y de *El moro expósito,* la lectura de dos de sus más hermosas y espontáneas inspiraciones poéticas, *El faro de Malta* y *La vejez.*

Las gratas impresiones que dejó en los ánimos esta grave y brillante solemnidad, con la cual puede decirse que se inauguró la semana última, se han ido luego borrando poco a poco para dejar lugar a otras ideas menos agradables. Las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son, en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado

de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos. Antes por el contrario, un suceso que, a juzgar por los precedentes conocidos, se podía prever, y que, por tanto, anque nos ha indignado, no debía cogernos de nuevas, ha venido a aumentar el largo catálogo de las informalidades, los agravios y los insultos de que España tiene que pedir estrecha cuenta a las repúblicas americanas hostiles a nuestro país.

El Perú, sin tener en nada lo pactado y concluído por su anterior presidente, tal vez envalentonado con el pasajero y traidor éxito de Chile, nos acaba de declarar formalmente la guerra. Nada más hinchado y ridículo que el documento en que lo hace. El dictador Prado, abusando en él de la credulidad de sus compatriotas, les da la seguridad de un próximo triunfo, saca a relucir las tan manoseadas glorias de su independencia (independencia cuyo poco mérito, dadas las circunstancias en que se realizó, ha patentizado ya la historia), y encarga por último a la marina peruana la venganza nacional.

Cierto es que las baladronadas del Perú, a que tan acotumbrados nos tienen sus gobernantes, no son cosa para quitar el sueño a ninguna nación que, como la nuestra, tenga la conciencia de su superioridad en todos los te-

rrenos; pero bueno será, de cualquier modo, hacerles entender a los que tan fácilmente se olvidan de la impotencia que les obligó no ha mucho a darnos las más satisfactorias explicaciones, que aún nos sobran medios y ánimos para obligarles a cumplir lo pactado.

Según los últimos partes, nuestra escuadra, después de levantar el bloqueo de los puertos, se ha reunido para salir en busca de las fuerzas navales enemigas. Estas fuerzas, por su parte, evitan cuidadosamente el encuentro de los buques españoles, pues divididas aún las de Chile y las del Perú, aguardan sin duda a hallarse juntas y a ser reforzadas con los dos buques que han salido de los astilleros de Francia e Inglaterra, para decidirse a aventurar un combate.

Por lo que a nosotros toca, es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos.

Respecto a política interior continuaremos siendo tan parcos como la índole de nuestro

periódico exige. Las discusiones del proyecto de ley sobre imprenta sigue su curso en el Senado, y en el Congreso el discurso del conde de San Luis ha llamado de tal modo la atención pública, que durante algunos días ha sido el único objeto de los comentarios de la Prensa y de los círculos políticos.

Si la ciencia no hubiera demostrado ya de una manera incontestable que nuestro Globo gira en el espacio, la impresión que ha producido este discurso nos daría ocasión para exclamar con Galileo: *E pur si muove.* Porque, en efecto, ¿a quién de los que asistieron a la famosa sesión en que fué pronunciado, no le brotaría espontáneamente de los labios esta frase, aunque vulgar, por extremo gráfica: "¡Qué vueltas da el mundo!?"

En París también está siendo objeto de controversias vivísimas otro magnífico e importante discurso. Monsieur Thiers, cuya activa energía y profundo talento ni se cansan ni se debilitan con los años, ha dado una nueva batalla a la tiranía democrática del imperio, a nombre de las que llama *libertades racionales.* La acometida ha sido brusca, pero hoy como ayer, el golpe de la elocuencia del célebre historiador se embotará en la compacta masa de la mayoría que, como una avalancha, caerá con sus votos sobre una minoría peque-

ña por su número, aunque grande por las notabilidades que la componen.

Al mismo tiempo que del discurso de monsieur Thiers, los diferentes círculos de la capital de Francia se preocupan de otros mil y mil diversos asuntos que dan pasto a su incesante actividad intelectual. Los diplomáticos hablan de las próximas conferencias en que las naciones signatarias del tratado de París han de reunirse para arreglar definitivamente la cuestión de los Ducados, y tal vez para tratar de los asuntos de Italia, de cuya responsabilidad no le disgustaría al emperador descartarse un poco, repartiendo el grave paso entre varias potencias.

Los filarmónicos se ocupan de una notabilidad, cuya aparición en el teatro Lírico obtendrá seguramente un éxito de curiosidad extraordinario: trátase de un verdadero fenómeno, de una joven de diez y ocho años, hermosa y con talento, que, a más de estas recomendables cualidades, posee una magnífica y robusta voz de tenor. El hallazgo no puede ser más oportuno para el mundo musical, hoy que los buenos tenores escasean tanto y, por nuestra parte, no desesperamos que siguiendo adelante en sus pesquisas los que han logrado encontrar este tesoro, darán el mejor día del año con alguna otra joven que pueda

desempeñar la parte de Bertrán, del *Roberto*, o la del Gran Pontífice, en *El Nabuco*. Y no paran aquí las novedades que la capital del vecino imperio ofrece en la actualidad a sus habitadores, pues la venta de la quinta romana del príncipe Napoleón y las de varias colecciones de muebles históricos, cuadros, vasos, medallas y autógrafos importantes, traen en continuo movimiento a los *amateurs* de estas curiosidades, así franceses como extranjeros, entre los cuales y a propósito de la valuación de estos tesoros sacados a pública subasta, se suscitan las más acaloradas y curiosas controversias artísticas, arqueológicas y paleográficas.

Entre nosotros, si bien en pequeña escala, no deja de notarse algún movimiento. La Academia de Juegos florales ha publicado el programa en lengua limosina, convocando a los justadores literarios a la lid abierta para ganar la flor de oro, que, como en los buenos tiempos de los trovadores provenzales, ha de entregar una dama al vencedor; aunque modesto, un inventor español acaba de ensayar un descubrimiento útil: aludimos al peso para distinguir infaliblemente las monedas de ley de las falsas, descubrimiento que hoy, que circulan tantas de dudosa legitimidad, no es como vulgarmente suele decirse para echado

en saco roto; en algunas provincias se anuncian exposiciones parciales agrícolas y de ganados, y en todas ellas se activan los preparativos para el envío de los productos y objetos que han de representar a España en la universal de París.

Entretanto en la corte, después de la política, que es la idea que preocupa siempre en primer término, los teatros son los que tienen el privilegio de llamar la atención más constantemente. Las representaciones del *César* siguen llamando al público al elegante coliseo del Príncipe, mientras la obra de Ventura de la Vega encuentra diversa acogida entre los críticos de la Prensa periódica. La Zarzuela, dando a luz obrillas cómicas y ligeras, unas con mejor, otras con peor éxito, y agotando todos los recursos que posee la imaginación de su actual y simpático director Arderius, al que ayuda en esta campaña el inimitable Caltañazor, logra entretener a sus abonados ofreciendo espectáculos si no altamente trascendentales y literarios, al menos variados y divertidos. El *Pastelero de París, El Colmillo del Elefante* y la serie de cuadros vivos, ejecutados por los individuos de la compañía, que son las novedades que ha ofrecido en la semana, pertenecen a ese género de bromas con las que la severa crítica no tiene que ver

nada, y que en logrando desarrugar algunos ceños y arrancar algunas sonoras carcajadas del público, que va de buena fe a divertirse, pueden bajar al panteón dramático con la tranquilidad de que han llenado su objeto.

Por último, y según habíamos previsto en nuestra anterior revista, Tamberlik ha obtenido un triunfo al aparecer en la escena del teatro Real con *La Africana.* La obra de Mayerber, realzada con el poderoso concurso de un artista tan de primer orden, ha podido ser apreciada por el público en cuanto vale. Durante todo el curso de la representación, los aplausos del auditorio sustituyeron a los chicheos y silbas a que ya casi nos tenían acostumbrados los recalcitrantes del regio coliseo, y al llegar al magnífico dúo de Vasco de Gama y Zelika, el entusiasmo de los espectadores llegó a un punto difícil de pintar. Bástenos decir, para dar una idea, que la señora Rey Balla y Tamberlik fueron llamados hasta siete veces a la escena. Verdad es que como todo es relativo en este mundo, según el dicho de D. Hermógenes, las siete veces que han sido llamados al palco escénico los intérpretes de *La Africana,* son nada con las que el público de Roma ha hecho salir al maestro Petrella en la primera representación de su nuevo *spartito* "Caterina Howard". Según un pe-

riódico, el público romano, entusiasmado con las bellísimas melodías de esta ópera, hizo salir al maestro al foro hasta cincuenta y cuatro veces. Francamente, este fatigoso ejercicio, más que premio por una buena obra, parece penitencia impuesta por algún desaguisado musical.

Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse a menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar a entender que ha dado principio una guerra, que se ha disparado o se va a disparar el primer cañonazo. La guerra presente, que, según aseguran, se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleón, Bismarck y Nigra en las playas de Biarriz, por burlar hasta última hora la previsión de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento, sólo ha tenido lugar un choque de la caballería austriaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aún un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo más enérgico y terminante que lo hubieran podido hacer los más elocuentes hombre de Estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de

mesurar, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista a nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los países que, más o menos directamente, se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrían, en un caso dado, ser actores muchos de los que al presente se limitan a desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular sólo se debilita a intervalos para reaparecer más enconado e intransigente, si se atiende a los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observación importante. En Austria la guerra es popular; en Prusia no; o al menos Bismarck, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan sólo un medio hábil para distraer la atención del régimen político que con tan extraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de Prusia. El Gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestión podría ser la pérdida de la frontera del Rhin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguien-

do poner de su lado a la mayoría de los miembros de la federación. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular e hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado de antemano el Gabinete de Florencia a las eventualidades de un choque inevitable en término más o menos próximo, y ayudado en sus aprestos militares por una nación poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperación de un pueblo que despierta entusiasta a la nueva vida de la dignidad y la independencia, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan a sí mismas para conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes, y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel parece que no sólo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay, sin embargo, que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan

grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se extiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas, mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasión, mina sordamente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida a los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles, manteniéndose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y exhortando a sus parciales a continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta línea de conducta, más temible que la acción franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impasible y extraña a los sucesos que a su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa extraña, pero que se explica: la guerra con Italia es, en Austria, tanto o más

popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austriacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos a las razas del Norte sobre el Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen a un paraíso; hay, junto a ese impulso poderoso, el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situación de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en escena, y a las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atención del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay más de un personaje vestido y dispuesto a salir a las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y, según lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprensible. La carta de Napoleón a su ministro de Negocios Extranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si ésta se ve amenazada, por cuestión de honor nacional, se encontrará precisada a terciar en la cuestión con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la

obra de Francia? La creación del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituído. Si la Lombardía y el Milanesado vuelven a poder de los austriacos, he aquí su obra deshecha.

Si por el contrario, Venecia sale de manos del Austria para incorporarse a los dominios de Víctor Manuel, sucede lo mismo. ¿Será éste el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleón no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la cuestión reducida a un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. He aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razón, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude a Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del Gabinete de las Tullerías en este sentido, la determinaría a tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, a cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observación compuesto de 200.000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que, armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el bastón en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar,

lanza en ristre, a la arena a compartir sus peligros y su suerte. Mas entretanto que con más o menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspirar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleón, engolfado en la prosecución de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hacia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas a su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda e impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos a los que se dedican a augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obedeciendo a sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la unión escandinava, y esperan también, envueltas en una reserva impenetrable y fría, como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada país su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, sería menos temible que esa calma preñada de proyectos obscuros que rodea a los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos países que

aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda a un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presiente en la pesadez de la atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterlóo colosal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raíces más profundas, y para descuajarlo se ha de sentir una muy honda conmoción. El Waterlóo de Napoleón I fué la caída de un hombre; el del III sería la de un orden de cosas encadenadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto a meditar sobre las arduas cuestiones arrojadas a la arena de la discusión en estos graves momentos, después de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan a otros países, las probabilidades de éxito con que cuentan y los proyectos que, más o menos fundadamente, se puede presumir que abrigan, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que a medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos exponiendo a la consideración de nuestros lectores.

Hace poco, los que oyeron a Napoleón decir a los trabajadores del Campo de Marte: "No desmayar en vuestras tareas; la Exposi-

ción ha de celebrarse en medio de la más profunda tranquilidad", auguraron de aquí que la paz no se turbaría. Al ver hoy que los trabajos para la próxima Exposición universal siguen activamente y que los obreros que se retiran a descansar de las fatigas del día son sustituídos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicación a sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al expirar la presente semana. La carencia de otros sucesos más importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de este trabajo, nos ha hecho detenernos deliberadamente en trazarlo a nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestión del Pacífico, todo el interés se reconcentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto a espectáculos, tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Elíseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creación. Aunque se ha-

bla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aún de la categoría de proyecto. Cuando se realicen, daremos cuenta a nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo ha hecho que en el presente año se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, ya a los puertos de mar y a los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros a caza de aventuras de todo género. Es de esperar que si la atmósfera se despeja y desaparecen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras míseras humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren a hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música a otra parte.

No obstante el estado excepcional en que aún se encuentra la corte, la política interior comienza a dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestación al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestión previa a propósito de la mayor o menor conveniencia de entrar en los debates consiguientes a la aprobación del proyecto, hallándose aún en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio a la discusión, la cual, aunque ofrece grande interés, no halla en la Prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado a ser otras las circunstancias.

En las Cortes, si bien no han comenzado aún los debates, la lectura del documento en que este Cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar a que la opinión pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comisión que ha redactado el párrafo en el cual se aboga calurosamente por la conservación

del poder temporal del Papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo. en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho más allá del pensamiento del Gobierno.

A distraer la atención de este incidente, que se presta, en efecto, a comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentación en la Alta Cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige a modificar la actual ley de imprenta en sentido restrictivo; el otro tiende a introducir algunas novedades en la de asociación y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha transcurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema a los diferentes cálculos y apreciaciones del país no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestión de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra había colocado el pabellón nacional a la altura que le corresponde.

Estas noticias halagüeñas que, aunque extraoficiales, llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos que parecían excluir toda idea de desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que a nadie quedaba ya sobre el particular la más remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido a echar por tierra todas las ilusiones que se habían forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos países. La reacción producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, a los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran a este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada más lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz a la del país todo, que ansía y pide más actividad en la resolución de un asunto que cada día que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicación o un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Londres, cuyo contenido hemos visto después confirmado en los

centros oficiales, anuncian que se han hecho a la mar algunos buques chilenos armados en corso. Estos buques, tripulados por gentes a quienes guía más bien que una idea patriótica el cebo de una ganancia segura, la experiencia nos enseña con cuánta facilidad se multiplican ante la perspectiva de una larga guerra. Hoy por hoy las fuerzas marítimas de que disponemos bastan a proteger nuestras costas y los intereses de nuestras embarcaciones mercantes, pero ¿quién nos asegura que si los accidentes de la lucha hacen necesario el refuerzo de la escuadra del Pacífico, los buques chilenos y peruanos armados en corso no nos crearán serios conflictos?

Fuera de las noticias referentes a esta cuestión, cuyos menores detalles tienen importancia para nosotros, ninguna de las que se reciben del exterior respecto a la política de las otras naciones ofrece nada de notable.

Las exequias del príncipe Othon, cuya temprana muerte ha venido a aumentar los pesares domésticos de Víctor Manuel, se han celebrado en Génova con una solemnidad y pompa inusitadas. El príncipe Othon había nacido en 1846, y aunque su salud fué siempre delicada, mostró en la investigación de algunos problemas científicos, a cuyo estudio

era muy aficionado, condiciones de carácter y talento nada comunes.

En Francia, el emperador Napoleón, dando por un momento tregua a la política, parece que se ocupa activamente en la prosecución de los gigantescos trabajos preparatorios de la exposición universal, en la cual trata de tomar parte figurando personalmente entre los expositores. A este fin, con la misma pluma con que escribió la *Historia de César,* tomando plaza entre los literatos, tira líneas, levanta planos y hace croquis para completar su proyecto, que una vez logrado, ha de traerle las simpatías de la clase obrera. Los trabajos que piensa exponer consisten en modelos de habitaciones que reúnan, a un precio extraordinariamente barato, todas las condiciones higiénicas y de comodidad apetecibles. Se dice que para que el público pueda juzgar competentemente los modelos imperiales, van a levantanrse en el parque de la exposición tres o cuatro de estas casas, propias para obreros de la ciudad las unas, y las otras para labradores. Veremos si estos proyectos de que tanto se viene hablando en Francia, como una de las más eficaces medidas para la solución de las cuestiones económicas, respecto a la clase obrera, llegan a su madurez o sucede lo

que entre nosotros, que siempre se quedan en los limbos de la ilusión y el buen deseo.

Si bien la semana se ha presentado escasa de novedades respecto al exterior, pues aparte de estas noticias y algunas otras de poca importancia, nada encontramos en las correspondencias y periódicos extranjeros a propósito para nuestra revista, la cual, debiendo ocuparse en globo de todas las cuestiones, sólo toca de ellas los puntos más salientes, en los círculos científicos, artísticos y literarios de la corte hemos podido observar algún más movimiento que el de costumbre.

Las personas encargadas de llevar a cabo la Exposición de los objetos remitidos al Gobierno por la comisión científica del Pacífico, se han reunido bajo la presidencia del director de Instrucción pública, a fin de acordar definitivamente las bases del proyecto. Según unos, la Exposición tendrá lugar en la histórica casa de los Lujanes; al menos esta parece que fué la primitiva idea del Gobierno. Otros, sin embargo, opinan por que se realice en el Jardín Botánico, local que juzgan más a propósito por sus especiales condiciones. En este sitio o en aquél, celebraríamos que la Exposición no se hiciese esperar mucho, pasando a la categoría de los *mitos* como la célebre hispano-americana, para la cual se hicieron

tantos planos en balde y hasta se nombró una comisión y se señalaron los terrenos que habían de ocupar los parques y galerías.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha celebrado la sesión inaugural del nuevo año 66 con la brillantez que acostumbra. Multitud de personas notables, así por su posición como por su talento, han concurrido a este acto científico, importante no sólo por las cuestiones que han tratado en sus discursos los que en él tomaron parte, sino por el estímulo que despierta entre los que se dedican al estudio de la ciencia de curar el ver recompensados sus afanes y vigilias de una manera oficial y solemne.

Así en la relación que hizo el Sr. Nieto y Serrano de los trabajos llevados a cabo por la Academia durante el año último, como en el discurso que leyó el Sr. Santucho sobre *Las relaciones entre la Medicina y los sistemas de filosofía,* el público ha podido apreciar distintamente el vuelo que van tomando en nuestro país cierto género de estudios, que en éste como en los diversos ramos del saber humano, anuncian una nueva era de adelanto para nuestras escuelas profesionales.

Antes de terminar la sesión, el señor presidente adjudicó los premios a los autores de las Memorias que la Academia ha juzgado

dignas de este honor, abriendo nuevamente concurso para los años de 1866 y 1867.

Después de esta solemnidad científica, hemos tenido ocasión de asistir a otra literaria no menos importante. La primera representación de una obra de Bretón de los Herreros, del ilustre decano de la comedia de costumbres españolas, se ha considerado siempre como un acontecimiento para las letras. *El Abogado de los pobres,* que tal es el título de la nueva joya con que el autor de *La Marcela* ha enriquecido nuestro teatro, merece, en efecto, ocupar el lugar preferente en que la colocan los críticos, al lado de las mejores que ha producido la misma chispeante y fecunda pluma. El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mereciendo desde luego nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna, como una sed febril e insaciable. Esta misma idea la hemos visto más de una vez desarrollada así en nuestro teatro como en el extranjero, pero nunca hasta hoy había aparecido en la escena vestida con un traje tan español y tan característico. Los personajes que intervienen en la fábula no son, como por desgracia suele acontecer en nuestras co-

medias de ahora, un pálido trasunto de las pasiones, los sentimientos y los intereses de otra sociedad: a todos los hemos visto alguna vez, los conocemos, pasan en el mundo a nuestro lado. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita. El diálogo suelto, cómico y chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación, que es la dote que más particularmente distingue a Bretón de los Herreros en cuanto escribe, completan las condiciones de esta lindísima comedia, que con tan justos y tan merecidos aplausos recibió la noche de su estreno el público.

Nosotros unimos nuestro más sincero parabién al de los que una y otra noche llaman al palco escénico a su popular autor, cuyo talento y admirables dotes se creían debilitados por los años y que hoy aparece más joven, más lleno de savia y brío que nunca.

También los apasionados por la música han tenido motivo para felicitarse en la semana pasada. La inauguración de los conciertos clásicos en los salones del Conservatorio, han venido a indemnizar en parte a los que no

hallan en el Teatro Real armonías dignas de sus delicados e inteligentes oídos.

A una parte de la sociedad, que sólo encuentra en la música pretexto para asistir a un teatro concurrido, mostrarse vestida de trajes elegantes, con los hombros cubiertos de una gasa transparente y el cabello prendido en una red de perlas, sobre el fondo grana y oro del palco, o para dirigir desde las butacas a un lado y otro de la sala la batería de sus gemelos, el Real, con su lujo deslumbrador y sus localidades llenas por la sociedad más brillante de la corte, sea bueno o malo el cuadro de cantantes y las óperas que se representen, siempre ofrecerá un poderoso atractivo. Pero los constantes y verdaderos apasionados de la buena música, de esa música clásica, vedada a los oídos profanos que necesitan un largo y enojoso noviciado filarmónico para comprenderla, abandonan el regio coliseo para darse cita en el salón del Conservatorio, donde las sublimes creaciones de Mozart, de Haidyn, de Madelson y de Handel les hacen olvidar, con sus melodías bellísimas, sus sabias combinaciones y sus inspirados giros, el estado de decadencia y abandono en que se halla el teatro de la ópera.

Como era de esperar, a medida que transcurren días el drama político que se representa a los ojos del país, pierde parte del interés que inspiraba y comienza a aburrir a los espectadores.

Lo mismo en la escena del mundo que en la del teatro, es preciso que los desenlaces sean muy breves para mantener viva la atención hasta la última palabra.

Esta especie de paréntesis que la monotonía de los sucesos ha venido a abrir en medio de la pública ansiedad, se ha llenado, sin embargo, con variaciones sobre un tema interesante. Aludimos a la ya famosa sesión de las Cámaras portuguesas.

La energía con que los jefes más importantes de todos los partidos políticos han protestado contra la idea de unión ibérica, ha causado en muchos una honda impresión de asombro. Por nuestra parte, no nos ha cogido de susto esa ruidosa y un tanto finchada explosión de sentimientos de independencia. La cuestión es muy sencilla. Por muchas ilu-

siones que se hagan acerca de su país, a ningún hombre político del vecino reino se le oculta, que en cualquiera forma que anexionasen España a Portugal, los anexionados serían ellos.

De todos modos, las últimas y explícitas declaraciones de la Cámara portuguesa y las desusadas medidas de precaución que aseguran va a tomar aquel gobierno con los militares españoles que se refugian en su país, serían aún objeto de extensos comentarios, si la triste e inesperada noticia de sucesos que nos atañen más de cerca no hubieran venido a fijar la atención pública en otro asunto.

La noticia del apresamiento de la goleta *Covadonga,* llevado a cabo en las aguas de Coquimbo por una fragata chilena, ha sido, pues, el tema de todas las conversaciones durante los primeros días de la semana.

Acerca de los pormenores del combate que dió por resultado el apresamiento de la *Covadonga,* han circulado versiones muy distintas; y nada tiene esto de extraño, toda vez que, según la declaración del gobierno en las Cortes, la noticia se ha recibido por conducto extraoficial. Lo verdaderamente triste es, que mientras el suceso no se conoce con todos sus detalles, los periódicos extranjeros, hostiles a nuestros intereses y a nuestra política en

aquellos países, sacan partido de esta cuestión para rebajarnos a los ojos del mundo.

La Presse, por ejemplo, dice que la fragata chilena *Esmeralda* hizo hasta quince disparos, que todos alcanzaron a la *Covadonga,* mientras ésta le contestó con nueve, de los cuales ni uno solo tocó al buque enemigo, arriando por fin la bandera española y entregándose a discreción después de un combate que duraría veinte minutos lo más. Esta relación es tan apasionada como inverosímil. *La Presse* se sabe que es uno de tantos periódicos como hay en el extranjero, que parodiando a nuestro Lope de Vega:

> Pues se lo paga Chile, creen que es justo
> trocar las cosas para darle gusto.

Pero no necesitábamos nosotros saberlo para resistirnos a creer ciertos detalles, que, habiendo ocurrido tal y como el periódico francés los refiere, dejarían en mal lugar a nuestra marina.

No valen ciertamente los chilenos el recuerdo, por ser demasiado grande para tan pequeña ocasión, mas en caso de duda, nos hubiera bastado traer a la memoria los nombres de Lepanto y Trafalgar, para adquirir el convencimiento de que los mismos que tan gloriosamente han sabido vencer y sucumbir en

otras ocasiones, no desmentirían en ésta la tradición de la marina española.

En efecto, según la relación que se cree más conforme con las noticias del gobierno, *La Esmeralda,* de veintiséis cañones, merced a una indigna estratagema, y arbolando la bandera inglesa, logró sorprender nuestro buque, disparándole de improviso una andanada que dejó fuera de combate a varios hombres de la tripulación, desmontando al mismo tiempo el principal de los dos cañones con que podía defenderse. *La Covadonga,* no obstante, hizo un disparo que derribó la chimenea de la *Esmeralda,* pero viendo la imposibilidad de sostener una lucha con tan desiguales fuerzas, trató de quitar los tornillos para irse a fondo, lo que indudablemente hubiera hecho a haberles dado lugar a ello los enemigos, que se precipitaron al abordaje sobre la goleta. Este ha sido el triunfo que han obtenido los chilenos: decimos mal, los chilenos no; pues según todas las noticias, confirmadas por los mismos periódicos partidarios de aquel país, la *Esmeralda,* que sólo izando una bandera que no es la suya pudo engañar a nuestros marinos, como los engañaría el pirata más vulgar, iba mandada por un capitán inglés, haciendo las veces de segundo un norteamericano.

De la impresión que este contratiempo produjo en el ánimo del general Pareja, jefe de nuestra escuadra, se ha hablado también en muy diversos sentidos.

A última hora se ha confirmado la noticia de su desgraciada muerte. Esta catástrofe, que priva a nuestra marina de uno de sus jefes más entendidos y pundonorosos, se refiere así: El general Pareja, intranquilo ya por la tardanza de la *Covadonga,* que debía traerle unos pliegos, tuvo conocimiento, merced al cónsul de los Estados Unidos, de los rumores que circulaban acerca de su encuentro con la *Esmeralda.* La noticia no era aún oficial, pero al día siguiente la confirmó el mismo cónsul con datos que no dejaban lugar a dudas. El general Pareja no mostró afectarse mucho, antes por el contrario, paseando sobre cubierta con la misma persona que había confirmado el hecho y con algunos otros jefes de la escuadra, dió a entender que era un contratiempo fácil de remediar; ni su aspecto, ni sus palabras, revelaron cual era el verdadero estado de su espíritu, ni dieron lugar a que se sospechase que había concebido tan fatal resolución. No obstante esta tranquilidad engañosa, apenas se vió solo bajó al camarote, y disparándose un revólver puso fin a su vida. Cuando los oficiales del buque, alarmados por la

detonación, penetraron en el camarote de su jefe, sólo encontraron un cuerpo inerte y sangriento, y un papel en que había escrito estas líneas:

"*Suplico que no se arroje mi cadáver en las aguas de Chile.*"

La úlitma voluntad del desgraciado general Pareja se ha cumplido.

En estos difíciles momentos ha entrado a sustituirle, encargándose del mando de las fuerzas navales, D. Casto Méndez Núñez, inteligente marino en cuya capacidad y resuelto ánimo se fundan grandes esperanzas, y el cual, sin andar en contemplaciones, habrá tomado ya revancha, arrasando la costa de ese país, que ha interpretado como miedo lo que ha sido, por parte nuestra, un exceso de consideración, y obligando a la *Esmeralda,* que tan satisfecha se mostrará de su fácil triunfo, a que se esconda de nuestra ira huyendo a otros mares. Nos parece que las potencias mediadoras no abrigarán todavía la ilusión de arreglarlo todo con un par de notas diplomáticas, verdaderos *papeles mojados* cuando las cosas se colocan en el terreno en que se ha colocado ya la cuestión. Y si la abrigasen, tanto peor para ellas, que tan frecuentemente nos dan el ejemplo de cómo se zanjan estos asuntos.

Mientras esto sucede en el Nuevo Mundo, en

el viejo, Napoleón se ocupa casi exclusivamente de la apertura de la Cámara popular. Este acontecimiento, siempre importante, contribuyen a hacerlo más todavía en las circunstancias actuales la actitud de los partidos y la gravedad de las cuestiones que en ella se han de resolver.

La comedia francesa se dispone a inaugurar en su próxima representación de aniversario las estatuas de Mlle. Mars y la Rachel, honrando así con un solemne y entusiasta homenaje, el recuerdo de las dos célebres actrices que tantos días de gloria han dado a la escena de su patria.

Las comisiones encargadas de dar el mayor realce posible a la Exposición que ha de llevarse a efecto en 1867, madura el proyecto de un teatro internacional donde puedan representarse en su propio idioma las inmortales creaciones de Calderón y de Shakespeare, de Corneille y de Schiller.

La Academia de Ciencias, en fin, que ha recibido como donativo particular la suma de 80.000 francos, ofrece un premio destinado a recompensar el descubrimiento más útil a la clase obrera.

Y esta misma actividad científica, industrial y literaria, que contrabalancea en el vecino imperio el influjo de la política, se deja sentir

en Inglaterra de una manera más clara y evidente.

Aún se discuten las importantes cuestiones abordadas en el mitin religioso, donde tomaron la palabra, en unión de algunos individuos del clero ruso, los obispos y doctores más eminentes del protestantismo, para tratar de la unión de las iglesias anglicana y oriental, cuando ya llega hasta noostros la noticia de una nueva y numerosa reunión de los sacerdotes católicos celebrada en casa de monseñor Manning, arzobispo de Westminster. Todavía se ocupan los periódicos del atrevido proyecto para establecer entre Douvres y Calais una comunicación regular por medio de buques de las dimensiones del *Great-Eastern,* sobre los cuales puedan trasladarse enteros los trenes de los ferrocarriles, cuando ya recibimos detalles acerca de las curiosidades literarias y arqueológicas remitidas a la sociedad asiática de Londres.

El casual descubrimiento a que se deben estos verdaderos tesoros que han de contribuir a derramar la luz sobre la historia y la literatura hebreas, ha tenido lugar en unas excavaciones practicadas en Nadir-Sarape, cerca de Trípoli. En un terreno rodeado de vastos jardines se ha encontrado una casa cuya fecha se remonta a dos o tres siglos antes de nuestra

era, y cuyas habitaciones, en perfecto estado de conservación, guardaban aún intactos muebles, utensilios de varias clases y una verdadera biblioteca en que se ven libros de Moisés, salmos de David y una colección de poesías hebraicas desconocidas hasta hoy.

Este hallazgo y el anuncio de una nueva obra del célebre autor de *Nuestra Señora de París,* tienen en conmoción dos círculos diferentes: el de los eruditos y el de los soñadores; el de los que rinden culto al libro que acaba de ser desenterrado, y el de los que esperan impacientes el próximo a darse por vez primera a la luz de la publicidad. *Les travailleurs de la mer,* se aguarden, en efecto, con tanto o más afán que las anteriores creaciones de Víctor Hugo, porque sólo el título de la obra hace presentir que el desterrado de Jersey ha de haber encontrado la inspiración a que lo debe, en la misma orilla de esa inmensidad sin límites ni fondo, cuyas bellezas y cuyos horrores, cuyos dramas y cuyos misterios va a revelarnos su pluma.

Fecunda se ha mostrado, pues, la semana en sucesos y noticias del exterior, si bien los menos halagüeños nos han cabido en parte. Consuélanos, sin embargo, ver que disipados en el interior los temores de próximos y profundos trastornos, comienza a restablecerse

la tranquilidad, y con ella a dar señales de vida los diferentes círculos de la sociedad madrileña.

La Comisaría de los Santos Lugares trata de abrir un concurso para la adquisición de dos cuadros con destino a Jerusalén el uno y el otro a un templo católico de Marruecos, y la Junta directiva de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense, anuncia desde luego el certamen para los premios de 1866, proponiendo, como primer tema, la biografía y el estudio crítico-filosófico de las obras de uno de nuestros hombres más eminentes, Francisco Valle de Covarrubias, a quien llamaron en su época *El Divino.*

A estos aislados pero generosos esfuerzos, encaminados a despertar la emulación y el entusiasmo entre los que cultivan las artes y los que se consagran a la ciencia, se une la gradual animación de los habitantes de Madrid, que, volviendo poco a poco a las tareas o los placeres de la vida ordinaria, al par que pueblan los salones y las calles, los teatros y los paseos, devuelven a la cortesana villa el regocijo y la exuberancia de luz, de color y movimiento propios de la estación presente, cuando lucen días de sol tan magníficos como los que nos han estado dando, acordes por casualidad, el cielo y el almanaque.

Después de firmados los preliminares para el convenio entre Austria y Prusia, aguardábase con gran interés la apertura de las Cámaras en Berlín. La situación especialísima en que se encuentra Mr. Bismarck respecto al partido liberal prusiano, dejaba presumir que el discurso del rey vendría a proponer la fórmula de una transacción entre las oposiciones y su ministro responsable. Por otra parte,como todo el tiempo que ha mediado desde la victoria de Sudowa, que definitivamente zanjó la cuestión alemana a favor del rey Guillermo, hasta el día, no han cesado los forjadores de hipótesis y cálculos políticos de suponer al Gabinete de Berlín animado de las más absurdas esperanzas y lleno de deseos exageradamente ambiciosos esperábase asimismo que el mensaje de la Corona a las Cámaras había de desenvolver la idea de una política invasora y dominante, en cuyo fondo se dejase adivinar el proyecto de unificar la Alemania, bajo la égida de Prusia.

Las Cámaras de Berlín se han abierto al

cabo, y el rey Guillermo ha pronunciado el discurso, que por despachos telegráficos se comunicó en resumen a toda Europa, y del cual ya tenemos el texto íntegro. En la cuestión de la guerra actual los curiosos van de sorpresa en sorpresa. Mr. Bismarck, manteniéndose en un límite respetuoso ante la representación del país, ruega, por medio del rey. se legalicen sus actos pasados, excusándolos con la necesidad de disponer los medios conducentes a un resultado tan satisfactorio para la causa nacional como el que ha obtenido. Un *bill* de indemnidad que presentarán los más adictos al Gobierno, y que indudablemente votarán por aclamación los diputados prusianos, pondrá término a la enojosa lucha que hace tiempo sostenían entre sí los representantes del pueblo y el Gabinete.

Respecto a planes futuros que se relacionan con la política exterior, el discurso del rey es muy sobrio de palabras, y si en realidad puede sospecharse otra cosa, al menos en la apariencia es franco y explícito. Prusia, satisfecha con la posición en que se ha colocado, merced a sus recientes victorias, se limitará a solidificar su obra estrechando los lazos que han de unirla a los Estados de la Confederación del Norte. Una política prudente y pacífica, podrá permitirle atender al

cuidado de la Hacienda y de sus intereses materiales, profundamente lastimados a consecuencia de la guerra que acaba de sostener.

En Austria la cuestión cambia completamente de aspecto. Mientras el partido liberal prusiano transige con Bismarck, y acepta, quizá gustoso, una limitación de sus pretensiones a cambio de gloria, en Viena comienza a temerse que la efervescencia producida en algunos pueblos a la noticia de la paz se transforme en principio de una revolución que concluya por desgarrar en jirones el imperio.

Ante una situación vencida, todos los partidos son exigentes. Húngaros y polacos piden, a trueque de la humillación sufrida por la colectividad de que forman parte, nuevas y nuevas concesiones en el sentido de la independencia a que aspiran.

Todo lo que en Prusia son preludios de unidad y concordia, se ha convertido en Austria en síntomas de futuros conflictos y de inevitables pugnas de intereses.

El golpe está dado. Si Austria permanece abandonada a sí misma en medio de las grandes potencias que la cercan y que asisten con el arma al brazo a su agonía, su muerte y su descomposición serán seguras.

Los partidarios a toda costa del equilibrio europeo, *suprema lex* en el arreglo de las

cuestiones internacionales en la época presente, esperan aún que la caída del imperio austriaco no ha de llegar a consumarse, toda vez que cayendo se rompería la maravillosa máquina que tanto empeño hay en sostener. Francia, dicen, que acaso está arrepentida de su obra, y que en un porvenir no lejano sería posible que coaligada con Francisco José, tornase las cosas a su primitivo estado. La presunción de los que así piensan no está del todo fuera de los límites de la verosimilitud, pero lo cierto es que el juego nos parece peligroso para repetido muchas veces. Francia protesta una vez y otra de su desinterés al mezclarse como mediadora en la lucha, y por nuestra parte creemos que en esta ocasión lo será a la manera de la zorra de la fábula en presencia de las uvas, que calificaba de verdes Si, como esperaba, con algún fundamento, hubiera sido necesaria su intervención material, las cosas pasarían de otro modo, pero el cálculo salió fallido y tendrá que aguardar otra ocasión para volver a su eterno tema de las fronteras naturales.

Algunos publicistas franceses, haciéndose cargo de este asunto, parece como que desentrañan el fondo de la política imperial, y advirtiendo a Prusia de ese peligro no lejano, tratan de inclinar su ánimo a una compensa-

ción que le aseguraría el porvenir por esta parte. Esta es una idea de un autor aislado, de un caballero particular, como diríamos nosotros; pero ¿a quién se oculta que en Francia no se escribe más que lo que al emperador importa que germine y cunda?

Tal es, al mediar la semana, el aspecto que presenta esta enredada cuestión que se desembrolla lentamente y que nadie sabe si aun después de ajustada la paz, podrá entenderse. Dejándola por ahora a un lado hasta que nuevos acontecimientos aporten más luz a sus obscuras sinuosidades, vamos a compendiar en algunos renglones las noticias que por varios conductos se han recibido de América.

En Chile, la elección del nuevo presidente ha dado lugar a escenas de desorden que patentizan hasta qué punto se encuentran divididas las parcialidades que ni en circunstancais como las que atraviesan saben acallar sus pasiones. Después de una encarnizada lucha de intereses, en la que más de una vez ha intervenido la fuerza para dar valor a los argumentos, el partido que desea la guerra con España, que si no es el más numeroso e ilustrado, es el más alborotador e intransigente, ha vuelto a sacar triunfante de las urnas el nombre del presidente Pérez. La llegada de los buques *Huascar* e *Independencia* ha contribuído

mucho a este éxito, pues con este refuerzo se hacen la ilusión de que podrán resistirnos con ventaja. En el Perú no andan las cosas mucho mejor para los intereses comerciales del país.

El tiempo que les ha dejado libres nuestra escuadra, en vez de emplearlo en reponerse y prepararse de una manera conveniente a resistir el formidable ataque de nuestras fuerzas, que no tardarán en presentarse de nuevo ante sus costas, lo pierden en luchas intestinas y en recriminaciones estériles. Poco a poco la verdad se va abriendo camino, y a pesar de las fiestas y los banquetes con que se celebró, lo que ellos llaman defensa del Callao, a muy pocos se oculta que la acción fué un verdadero revés para los peruanos. El dictador Prado, conociendo que se le escapa de entre las manos el Poder en que a tanta costa se sostiene, se ha echado por completo en brazos del partido exaltado, hiriendo el sentimiento religioso de los pueblos con sus pretendidas reformas.

En tanto que nuestros enemigos luchan y se desgarran entre sí, la escuadra española, surta en las aguas de Río Janeiro, se dispone a entrar de nuevo en campaña llena del mayor entusiasmo, y en la Península se preparan refuerzos considerables para poner término, de una vez para siempre, a la cuestión.

Descartadas las novedades políticas de que se ha tenido noticia durante la semana, y de las cuales dejamos apuntadas, aunque en resumen, las más dignas de fijar la atención, poco o nada podríamos decir que despertase el interés de nuestros lectores.

La emigración a los puertos de mar de las provincias del Norte y al extranjero, continúa en grande escala. El exceso de calor de que hemos sido víctimas los que por acá hemos quedado, justifica sobradamente este afán de abandonar la corte, que algunos califican de ridiculez o capricho, hijo de la moda, y que nosotros encontramos que si es una necedad, es una necedad muy agradable.

En balde los conciertos de Apolo intentan ofrecer una compensación a las fatigas y malos ratos de los que permanecemos firmes en la brecha desafiando los abrasadores rayos de la enojosa deidad que presta nombre al jardín, punto de cita de los filarmónicos madrileños. Barbieri es un gran maestro; su batuta, como la vara mágica de un encantador, parece que tiene encadenadas a su movimiento la voluntad de los ochenta profesores que le secundan. No seremos nosotros los que escaseemos nuestros aplausos al inteligente maestro español; pero (perdónenos la blasfemia musical, así el simpático director de or-

questa como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da a conocer tan divinamente interpretadas), sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga a tener fijos los ojos fuera de este abrasador recinto, en estas circunstancias y a la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa o se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde a orear el sudor de la frente o a agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, a las combinaciones armónicas más profundas, a las melodías más bellas de todos los genios del mundo.

Estamos en la última escena del drama políticoguerrero que la Alemania representa a los ojos del mundo. Aceptado el armisticio y ajustada la paz por las partes beligerantes, sólo falta que Mr. Bismarck y el emperador Napoleón, autores a medias de la obra, salgan al proscenio y terminen la función con el consabido estribillo: *perdonad sus muchas faltas.*

El armisticio, según las noticias recibidas, durará tres semanas. Conocidos ya los preliminares de la paz, si los diplomáticos se resignan a no lucirse enredando de nuevo el negocio, hay tiempo más que suficiente para que quede concluído antes que expire el término fijado a la suspensión de hostilidades. Después de haber dudado mucho acerca del punto que había de escogerse para celebrar las conferencias y ajustar el tratado de paz entre los representantes de Austria, Prusia e Italia, se ha decidido, por fin, que éstas tengan lugar en una ciudad de Suiza, el país neutral por excelencia, y que por su posición topográfica hace fáciles las comunicaciones de

los diplomáticos con sus respectivos Gobiernos. Las bases del arreglo, a lo que parece, son las mismas de que ya hemos hablado a nuestros suscriptores en la revista anterior. El negocio, pues, ha sido para Prusia, pues aunque Italia se encuentra, como suele decirse, *gratis et amore* con el Véneto, más falta le hacía una victoria que una provincia.

Austria, cejando al primer revés y aceptando la humillación de verse excluída de la Confederación alemana, cuyo dominio era el sueño dorado del Gabinete de Viena, sigue, sin duda alguna, la política tradicional de sus hombres de Estado que es, al mismo tiempo, la táctica de sus generales. Prefiere devorar la humillación de su derrota en silencio, aprestándose a la venganza, cuya idea la anima y sostiene, a exponerlo todo al trance de una lucha y caer envuelta para siempre en Esta es cuestión de política y de temperamento. Acaso en un lejano porvenir y preparando, hábilmente el terreno, podrá el Austria rehacerse del golpe de que acaba de ser víctima; pero por lo pronto, Prusia, a la que el sol de Sadowa encontró formando parte de la Confederación para dejarla al ponerse dueña de los destinos de la raza germánica a cuya cabeza marchará por algún tiempo, no es fácil que se deje ganar la partida, teniendo a su

frente un hombre tan enérgico y perseverante como el conde de Bismarck.

En resumen, el armisticio está convenido; la paz será un hecho dentro de algunos días; mas la dificultad se ha rodeado, no se ha resuelto. El problema queda en pie, aunque las circunstancias aplacen su reaparición.

¿En qué actitud debe esperar la Europa los resultados del nuevo orden de cosas que se inauguran? ¿Qué temores o qué esperanzas deberían abrigar, respectivamente, las naciones que han asistido al duelo de esas grandes potencias y que de un modo o de otro han de sentir el influjo del nuevo rumbo de las cuestiones encaminadas de hoy más por diferente sendero? ¿Se ha encontrado, al fin, la fórmula del suspirado equilibrio? Y si se ha encontrado, ¿cuáles deben ser sus consecuencias? He aquí el tema de discusión de las diferentes publicaciones que ven la luz en Europa y el fondo de la brillante polémica que sostienen en la capital del vecino imperio, dos de los más afamados adalides de la Prensa periódica, Girardin y la Gueroniere. Girardin juzga impotente la fuerza para hacer que acabe la crisis europea, que espera habrá de concluir resolviéndose por el criterio de la libertad y el crédito. La Gueroniere presiente que las naciones entran en un nue-

vo y desconocido período de dificultades y de aspiraciones encontradas y opina que la preponderancia moral de los países debe sostenerse con la ayuda de la material.

Consecuentes con sus ideas, el primero fija toda su atención en el porvenir económico de Europa, invoca la paz y pide el desarme general de las grandes potencias, mientras el segundo da la voz de alarma para prevenir contra la engañosa apariencia de estabilidad del arreglo, y aunque a su vez desea la paz, teme la guerra y se decide por que todos se encuentren prevenidos a los acontecimientos de un futuro lleno de sombras impenetrables.

En el intervalo que media entre la aceptación de los preliminares para las conferencias y el definitivo ajuste de la paz que ha de concluir, por ahora, la primera parte de la gran tragedia europea, la atención pública, sintiendo que se calma poco a poco la fiebre de noticias políticas que le aquejaba, comienza a fijarse en otros asuntos que, aunque de gran interés, parece como que se relegan y olvidan en los períodos de lucha y agitaciones.

Ya hace tiempo que los periódicos extranjeros hablaron de los preparativos hechos sobre bases más sólidas y partiendo de datos más seguros para acometer la colosal y tantas veces frustrada empresa de poner en co-

municación el continente americano con el europeo por medio de un cable submarino. *El Great Estern,* encargado de tan difícil misión, después de partir de uno de los puertos de Irlanda llevando un personal entusiasta e inteligente, ha tocado por último en Trinity-Bay, alcanzando un éxito tan completo que algunas horas después pudo circular por toda Inglaterra el siguiente despacho, que es un verdadero himno de triunfo de la ciencia: "El mar está vencido; sumergido el cable, se han puesto ambos mundos en comunicación telegráfica." El problema de la telegrafía submarina se ha resuelto al fin. Creemos inútil encarecer la importancia de esta brillante victoria de la fe y la inteligencia sobre el desaliento y la preocupación de los que después de experimentar varios reveses en las anteriores tentativas juzgaban la empresa absurda e imposible. Terminada la gran vía de transmisión, merced al esfuerzo de Inglaterra, ésta cogerá, naturalmente, las primicias de sus grandes resultados; pero nuestro país no será el que menos ventajas reporte.

La colocación de un cable entre nuestras posesiones de Cuba y el puerto de Terranova, de donde parte la línea trasatlántica, será asunto de pocos meses, al cabo de los cuales podrán tener en la Península noticias diarias

de aquel lejano país, facilitándose hasta lo sumo, así las transacciones comerciales como el gobierno político de la isla.

Al mismo tiempo que del lisonjero éxito de esta gigantesca obra se habla de un notable perfeccionamiento introducido en el trazado, construcción y material de los ferrocarriles, del cual se ha hecho más de un ensayo, también con un resultado brillante. El enorme costo de la construcción de las vías férreas, sobre todo en determiados puntos, costo a que no es posible que pueda subvenir el creciente desarrollo del movimiento comercial por más que éste se desenvuelva con bastante rapidez, ayudado por este medio de fácil y económica locomoción, ha traído a las empresas al decadente estado en que se hallan. Sin el auxilio del Estado, así en nuestro país como en casi todas las demás naciones, el capital de los particulares sería insuficiente a arrostrar la crisis que produce el enorme desnivel que resulta entre el costo y el producto. Merced al nuevo sistema ensayado, con el cual serán posibles curvas y desniveles hasta ahora impracticables, la construcción de un kilómetro en el terreno más accidentado equivaldrá a una tercera parte de lo que en la actualidad se le presupone de gasto, de modo que ofreciendo ventajas el empleo de capitales en el

negocio de ferrocarriles, contribuirá en breve a que el interés particular sin auxilio de los Gobiernos, lleve su poderosa iniciativa a un ramo de la industria que amenazaba decaer progresivamente.

Después de haber pasado semanas y semanas sin tener que registrar en nuestra periódica revista más que sucesos aflictivos y desagradables, causa verdadero placer hallar que apenas comienzan a disiparse los temores que hizo concebir la perspectiva de una guerra europea, vuelve a manifestarse el espíritu emprendedor y activo del siglo, abriendo anchos horizontes al comercio y a la industria, hoy en un estado de postración lamentable aun en los países más florecientes y ricos.

Según indicamos en nuestra anterior revista, al concluir la semana última gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco días entre Austria y Prusia, armisticio a que también debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente, pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano que, siguiendo con resolución su camino, después de la batalla de Sadowa podría encontrarse ya a la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales economizan sus fuerzas. De esta presunción, que contribuyen a hacer verosímil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido, sin duda, la especie de que Austria se conforma a suscribir las bases preliminares propuestas por el Gabinete de Berlín, según las cuales, la Confederación Germánica se reorganizaría de nuevo bajo la dirección de

Prusia, excluyendo el elemento austriaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleón verán sus cálculos coronados del éxito más brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino a la celebración del famoso Congreso de soberanos, que modificando los límites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha a los tratados de 1815, buscará por otros medios más en armonía con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestión de Oriente vuelva a reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época más tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrían de encadenarse estos sucesos, y a pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable a la paz, algunos periódicos extranjeros comienzan a sospechar lo que antes de ahora habíamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los

pasos que en sentido conciliador da el Gabinete de las Tullerías; pero al ir a cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad que las hace imposible y necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones a que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio después de la cesión del Véneto, empiezan a sospecharlo así y acusan al Gobierno de Francisco José de la falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestión, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algún tiempo por las correspondencias como el más a propósito para el desembarco proyectado por el rey Víctor Manuel y su Estado Mayor de generales, en el último plan de campaña.

Hasta hoy se había estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior a la austriaca, que por dos o tres veces ha rehuído un en-

cuentro. El resultado del combate de Lissa viene a quitar una nueva ilusión en este punto a los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que, cuando menos, ambas escuadras son iguales en condiciones de bravura e inteligencia; y en esta ocasión la austriaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algún tiempo, a los austriacos, pruebas de su proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aún no se tiene una relación completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, según que procedan de Florencia o de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce, y deduciendo y restando de cada versión lo que el espíritu de partido o de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque ha sido desfavorable a los italianos. Después de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada *Re d'Italia* y la cañonera Palestro fueron echadas a pique por sus contrarios, los cuales, al terminar la lucha sólo habían sufrido averías que, aunque de alguna consideración, no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que a otra cosa, ha contribuído a exasperar al partido de acción hiriendo la fibra del amor propio nacional e imposibilitando más y más un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay, sin embargo, un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones, que en un principio se mantenían en la reserva más profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse a los planes del emperador Napoleón, al cual han felicitado animándole a proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestión, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La más verosímil, caso que éste llegue a ser un hecho, es la siguiente: Queda destruída la obra del Congreso de Viena en lo que respecta a Alemania, rompiéndose el lazo de la antigua Confederación. La región del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados de Elba, excepto la porción del Schleswig, que

pertenece a Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darmstad, toda la Hesse-Electoral y la antigua e importante ciudad de Leipzig, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose a ellos por medio de un nuevo lazo federativo, a los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein, se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva a un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, excluído de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el Véneto, pagará una indemnización de guerra a Francisco José, el que a su vez la entregará a Prusia.

Tal es, en ligeros rasgos, la fisonomía política de la semana que acaba de trauscurrir, y durante la cual el calor, extremándose, ha contribuído a hacer más aburrido y monótona la estancia en la heroica villa del oso a los condenados a sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden, y, al

contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer, no obstante, alguna distracción a sus favorecedores; pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados a la música sólo han encontrado una decepción en el concierto a beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo a los circunstantes. Los entusiastas de la pirotecnia, en cambio, creen que la música estaba de más, porque ensordecía y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A

unos y otros puede consolarles la idea de que con oir un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuído al logro de una buena acción, mérito que no siempre puede contraerse a tan poca costa.

Está en un punto tan difícil la cuestión europea que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace más complicada e insoluble. Como se había previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia, por su parte, impone tales condiciones al Gabinete de Viena, que Francisco José, antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del país al trance de una batalla.

En vano el emperador Napoleón, empuñando el tridente, ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable *Quos ego,* de Neptuno; su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Víctor Manuel siguen, impávidos, su camino, como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho a su imperial protector, llegó a creerse por algunos días causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los Gabinetes

de Florencia y París. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los más estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleón cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situación las cosas, el ejército austriaco aprovecha los momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque, previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban a reunirse en Koeniggraetz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Según sus disposiciones, la corte imperial debería abandonar a Viena para evitarle a esta magnífica población los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de Olmutz como base de operaciones, podrían mantenerse a la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase a los prusianos en un nuevo y decisivo combate.

Hasta hace muy poco se creyó que prevalecería la opinión del archiduque Alberto; pero a juzgar por los telegramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinación de Austria. La gran batalla que ha de poner término a la lucha o ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa a favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecía decidido a tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro qué acaso a estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos, llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra los austriacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas a Francisco José, que parece dispuesto a sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose a la vista de la capital, que quedará entregada a todos los horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen a una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento com-

bate, que amenaza ser más grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca a Venecia, la cuestión parece concluída. Sea el que fuere el término de la cuestión entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que más bien debilitan que prestan fuerza a su imperio. Verdad es que en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesión no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposición de armisticio por parte de sus contrarios, el Gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es también que algunos, tomando esta declaración por base de sus cálculos, esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá a caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinión general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien a consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará a formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal

de su grado la renuncia de sus aspiraciones a Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros todo cuanto se roza con esta cuestión, se limitan a confirmar las que ya teníamos acerca de aquellos países.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público, animando al país a proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada día es mayor, a consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra había llegado, en tanto, a Río Janeiro, desde donde después de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá a las aguas del Pacífico en unión con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú o

tienen que ceder a la doble presión de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de día en día nuevos prosélitos entre las clases más ilustradas y productoras de aquellos países.

Dejando ahora a un lado las cuestiones políticas, y viniendo a otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningún obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados a la música, ha inaugurado una serie de conferencias que en nada ceden a los que ofreció el público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradición de los jardines de Apolo, parece que había de oponerse a hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí a las más distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto a ello, próximamente

abrirán sus puertas los Campos Elíseos. Se habla, para cuando esto ocurra, de un concierto monstruo a beneficio de los heridos en la gloriosa acción del Callao, y de una compañía italiana que, dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá a amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo o de otro los Campos Elíseos ofrezcan algunas distracciones a los que, después de seguir con ojos de envidia el itinerario de los emigrantes, no encuentran más recurso que dar vueltas al Prado, sujetos a los bruscos cambios de la temperatura de Madrid, que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolación.

Por fortuna, si el refrán que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño se encontrará ocasión de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la Exposición de Bellas Artes, que ya anda, por no perder la costumbre, buscando albergue de hallarle a no ser a costa del fondo destina-
de hallarle a no ser a cosa del fondo destina-
do a premios, que es como si dijéramos a expensas del bolsillo de los expositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públi-

cos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animación, la vida y el movimiento, que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejase en nuestra revista, cuya frialdad aumenta a medida que suben los grados de calor del termómetro.

EL PENDON DE GUERRA DEL GRAN CARDENAL MENDOZA Y LA ESPADA DE BOABDIL

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragón y Castilla junto al pendón de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba a los Reyes Católicos, en señal de sumisión, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no había servido para contrarrestar el valor castellano a aquel a quien su madre dio con gráficas palabras que ha conservado la tradición: *¡Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre!*

¿Qué página de historia más elocuente podría escribirse que aproximar, como lo hacemos hoy en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda lección que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espada de filigranada labor representa a aquel pueblo en el contraste

que ofrecemos. La idea venció a la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religión, que llevaba sus consecuencias unitarias a la autoridad, a las leyes, al territorio. Su emblema es un jirón de tela con un signo misterioso: el signo de redención y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningún otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproducción ancho campo a la fantasía y al estudio, es la misión de las publicaciones ilustradas.

El pendón azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominación sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnífico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundación del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja, de preciada labor plateresca, que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir, de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus anteceso-

res en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimación, en su armería.

Nuestros lectores creemos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustración española, dando a luz objetos nunca bistante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia histórica.

DOS PALACIOS

I

EL DEL DUQUE DE UCEDA

Uno de los caracteres distintivos de nuestra época es el afán de las innovaciones. A este movimiento que en París engendró la fiebre demoledora que ha hecho célebre al prefecto Hausuran, obedecen, en mayor o menor escala, todos los países. Al dejar el siglo XIX su herencia al que ha de sucederle, sólo se conocerán las principales poblaciones de Europa por el punto topográfico que ocupan en el mapa. Por fortuna, y para consuelo de sus habitantes, lo que las poblaciones pierden en carácter, originalidad y recuerdos, lo ganan con creces en salubridad, amplitud y esa especial belleza que resulta de la idea de lo útil combinado con lo agradable. Madrid se encuentra en este caso. Ha hecho bien el *Curioso parlante* en dejarnos retratados en un libro, merced a su pluma, que así consigna ideas como pinta cuadros completos de color

y forma, la fisonomía del antiguo Madrid, que tan rápidamente desaparece de nuestros ojos. A no ser así, pronto perderíamos hasta su recuerdo. De tal modo se transforma y muda.

No hace muchos años que entre el Paseo de la Fuente Castellana y el Salón del Prado existía, en el punto que se conoce con el nombre de Recoletos, una especie de solución de continuidad del Madrid elegante.

La fuente de Cibeles, con un triple cinturón de cubas y aguadores, se destacaba apenas sobre una pared ruinosa y mezquina; el Pósito, con su fachada polvorienta y obscura, se alzaba al lado de un callejón formado por la tapia de las Salesas, cuyos cipreses altos y obscuros, saliendo por cima de las copas raquíticas de algunos pocos árboles viejos retorcidos y deformes, daban sombra a la antigua Puerta de Recoletos, cuyas líneas moficio destinado a escuela de Veterinaria, y por otro tres o cuatro miserables casuchas adosadas al monumento.

El municipio, constante en su idea de embellecer la población, fijó, al cabo, sus ojos en este punto, y secundado por el esfuerzo de los particulares, se derribó aquí, se edificó más allá, se movieron terrenos, se trasplantaron árboles, y en pocos años lo que antes era camino lóbrego y fangoso, cercado de tapias

obscuras y edificios de triste aspecto, se convirtió en magníficos paseos bordados de jardines y palacios que se prolongan hasta el obelisco de la Castellana, meta colocada al extremo del espacio en que se agita el mundo elegante.

Entre estos palacios modernos, uno de los más notables por sus proporciones, el lujo desplegado en su construcción y la completa idea que por él puede formarse del gusto dominante en la arquitectura urbana de nuestra época, es del duque de Uceda.

II

EL DEL MARQUÉS DE PORTUGALETE

Prosiguiendo en nuestra comenzada tarea de dar a conocer, al mismo tiempo que la fisonomía del Madrid antiguo y tradicional, el nuevo carácter que le imprimen las constantes innovaciones propias de la época de adelanto y desenvolvimiento que atravesamos, ofrecemos hoy la vista del elegante palacio del marqués de Portugalete, recientemente construído en las inmediaciones de la puerta de Alcalá.

Los planos y la dirección de esta obra se deben al arquitecto francés Mr. Adolfo Ombrecht, establecido en España, y el conjunto del edificio pertenece a esa caprichosa mezcla de géneros diversos, que, amalgamados con más o menos gusto, pero sin obedecer a reglas fijas, constituye lo que se ha dado en llamar arquitectura del siglo XIX. Aunque este nuevo género de arquitectura carece de ver-

dadera originalidad, ofreciendo sus más caracterizadas producciones ancho campo a la crítica, si se las juzga con arreglo a las eternas y elevadas leyes de la estética del arte, no deja de producir a veces obras cuyo aspecto seduce, ya por la elegancia de su traza, ya por la gentileza de sus proporciones o el gusto de su rico y profuso ornato. El edificio de que nos ocupamos hoy, sin duda uno de los más dignos de fijar la atención entre los que se han levantado en Madrid, de algunos años a esta parte, es un buen ejemplo.

La disposición interior del palacio corresponde en un todo a la idea que hace concebir su buen aspecto, dando a conocer el criterio y el delicado y artístico gusto que en su arreglo ha presidido. Aun cuando no están concluídas todas las obras proyectadas, algunas de las cuales, como el salón del piso principal, la galería destinada a museo y la capilla, prometen ser de verdadera importancia, ya en la planta baja del palacio pueden admirarse algunos departamentos acabados con gran lujo de ornamentación y detalles. Entre éstos se cuentan la *sala de billar,* de estilo caprichoso, que recuerda las extrañas combinaciones del chinesco, un *tocador* y una espaciosa *cámara de dormir,* de gusto moderno, la *sala de baños,* decorada a la manera pom-

peyana, por el pintor italiano Oreste Mancini, y el magnífico *salón de música,* la más rica y hermosa de las estancias del edificio y en la cual ha dado muestras de su lozana imaginación y su talento de artista el profesor de la Escuela de Bellas Artes D. José Marcelo Contreras. Como quiera que la importancia de las obras que se ejecutan en la actualidad y que aún no se han terminado, obras a cuya mejor realización han de contribuir diferentes artistas, nos darán ocasión para ocuparnos nuevamente de este mismo palacio, dejamos para entonces la descripción detallada de sus más notables departamentos y de las producciones del arte que los avaloran.

LAS SEGADORAS

(ESTUDIO DE COSTUMBRES ARAGONESAS)

Viene ya de antiguo la manía de censurar las emigraciones veraniegas que durante cierta época del año desparraman la población de los grandes centros por las costas y los pueblos de la Península.

Por nuestra parte creemos que esta costumbre o moda, o como quiera llamársela, es más digna de alabanza que de censura.

La circulación de las gentes trae como consecuencia natural la circulación de dinero, y, lo que es más importante, la de las ideas. Cambiar de horizonte, cambiar de método de vida y de atmósfera, es provechoso a la salud y a la inteligencia. Hay algunos que no salen de la ciudad buscando en el campo la calma y el sosiego como contraste a su perpetua agitación. Adoradores de un ídolo, corren a rendirle culto adonde se trasladan sus sacerdotes. Esclavos de la moda y las exigencias sociales, cambian de decoración; pero van a los puntos en que se reúne el mundo elegante a continuar representando la misma escena. Otros, por el contrario, y éstos son los que ver-

daderamente justifican la conveniencia de una costumbre desde mucho tiempo adoptada en otros países y hoy ya bastante general en el nuestro, buscan en lugares apartados el reposo que ha de devolverles la energía del cuerpo y del alma, enriquecen su inteligencia con el conocimiento íntimo de los hábitos y necesidades de los pueblos agrícolas, rompen la monotonía que también reslta del eterno tráfago de las ciudades, con la contemplación de escenas y paisajes completamente nuevos, y en la serenidad que las rodea, en lo extraño de los tipos, en la sencillez de las costumbres, encuentran una emoción, aun los mismos que la buscan inútilmente dentro del círculo de su tempestuosa vida.

FRAY LUIS DE LEON

UNA OBRA DE ARTE

Los españoles no nos hemos distinguido nunca por el afán de perpetuar de una manera digna la memoria de nuestros varones insignes, para poder vanagloriarnos de ellos repitiendo sus nombres a los extraños al pie de los monumentos que los recuerdan.

En este punto los extranjeros, tan dados a enaltecer sus hombres célebres, no podrán menos de admirar nuestra modestia suma. De los grandes capitanes españoles, de sus artistas famosos, de sus egregios poetas, sólo guardamos alguna espada en la Armería, algún cuadro en el Museo, algún libro en la Biblioteca. ¿Para qué más? ¡Mármoles y bronces! ¡Vanidad de vanidades! Esta es la opinión vulgar y corriente; sin embargo, fuerza es confesar que hay algunas plausibles excepciones. ¡Cosa particular! En las capitales de provincia, más alejadas, naturalmente, del movimiento de arte y entusiasmo propio de los grandes centros intelectuales, como Madrid, es donde se suele dar el ejemplo de ver realizadas algunas de estas obras, merced al

esfuerzo de los admiradores de un genio cualquiera, que, aun cuando represente una ilustración propia de todo el país, ellos miran como una gloria local.

La hermosa estatua representando al famoso fray Luis de León, debida al cincel del inteligente escultor Sr. Sevilla, sirve de coronación al monumento que a aquel inimitable poeta ha erigido la ciudad de Salamanca, donde tuvo su cuna.

JUICIOS CRITICOS

Algunos juicios críticos acerca de los dos primeros volúmenes de Páginas desconocidas, *de Gustavo A. Bécquer.*

Páginas de Bécquer, por Fernando Iglesias Figueroa.

Se ha publicado, no ha mucho, un interesantísimo libro de recopilación, labor ingrata y desagradecida, que ha llevado a cabo con muy acertado tino, Fernando Iglesias Figueroa, reuniendo en un volumen, más de veintitantos artículos del gran Bécquer, una de las glorias más puras del Parnaso castellano.

Hay en este libro sabrosa materia y mucho buen gusto, siendo más que nada un firme puntal que se añade a la obra de revisión de valores que hoy es tendencia general en todos los cenáculos intelectuales.

Como dice con mucha razón el compilador, es de poeta "uno de los menos conocidos", y sin embargo uno de los más populares. Esta paradoja sirve ella sola para demostrar cuán-

to vale su obra, que, aun publicada en forma desbaratada e incompleta, fué suficiente para darle fama y renombre universal.

Las "páginas desconocidas" que ahora se imprimen, añaden un laurel más a la corona del soñador, y nos lo muestran bajo un aspecto completamente distinto del que se conoce vulgarmente del gustado cantor del *arpa muda*. Leyendo sus artículos, cada uno nos ha traído el recuerdo de viejos autores y de nombres conocidos.

Recuerda, a veces, en sus crónicas de costumbres, a un Mesonero Romanos, escrupuloso y detallista, por momentos logrando dibujar de un trazo certero y firme el rasgo más saliente de un hecho o asunto; trae el recuerdo insistente de Larra, y como ironista, sarcástico y mordaz, tiene mucho de un autor posterior a él: de Oscar Wilde.

Porque es Bécquer un autor esencialmente contemporáneo; su vida brevísima, treinta y cuatro años, le impidió asimilarse a su época y giró en órbita distinta, muriendo incomprendido y extraño. El tiempo, justiciero, le devuelve la fama que merece. Y de la obra que va publicándose se desprende, sin género de duda, que el poeta escribió con un espíritu abiertamente renovador; sus artículos de arte sobre todo (*Antigüedades prehistóricas, Ma-*

yólica del siglo XVI), se nota, con asombro, un concepto definido y personalísimo sobre los graves problemas de la arqueología. Es, además, tan poeta en el verso como en la prosa; hay en el libro un apólogo indio tan sutil y perfumado como el más lindo cuento de Rabindranath Tagore. Es producto, según afirma Cristóbal de Castro, tanto él como "El caudillo de las manos rojas", de una rápida y asombrosa lectura del "Ramayana".

También se encuentran críticas literarias teatrales (donde revela una preocupación muy moderna sobre la técnica escenográfica), notas, descripciones y, entre éstas, el magnífico cuadro de "La picota de Ocaña", tan valiente, tan real como la mejor página descriptiva de Pío Baroja.

Por último, ciérrase el libro con dos rimas copiadas de un manuscrito original. La primera, brevísima, tiene aire de copla; la segunda, encierra, en ocho versos, toda la filosofía del Amor y del Dolor.

Y se piensa honradamente, al leer este libro, que, quizá, lo más hermoso del gran poeta sea su obra inédita y desconocida.

(De *La Nación*, de Buenos Aires.)

«Páginas desconocidas», por Gustavo Adolfo Bécquer.

Fernando Iglesias Figueroa ha recogido de entre las revistas de la época algunos trabajos desconocidos del inmortal poeta y que nadie hasta ahora se preocupó de buscar y recopilar, como si no fuese de extremo interés dejar que no se pierda en el olvido cuanto escribió aquella pluma excelsa, aquel espíritu delicado y escogido que se llamó Gustavo Adolfo Bécquer.

La obra, reunida y publicada por el señor Iglesias, habrá de merecer una acogida calurosa por parte de los innumerables devotos que el poeta de las Rimas tiene en todo el mundo de habla española.

(De *El Sol*, Madrid.)

Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer, recopiladas por Fernando Iglesias Figueroa.

Con Bécquer, uno de nuestros poetas más populares, sucede algo parecido a lo que ocurre con Enrique Heine en Alemania, de quien, a pesar de haber dejado una obra considerable, sólo son generalmente conocidos sus poemas del "Libro de los Cantares" y las rimas de su bellísimo "Intermezzo". Este es el caso de Bécquer en España, mucho más grave, desde luego, que el de Heine, pues al fin y al cabo, en Alemania se lee mucho más que en España, y los tudescos cuidan mucho más que nosotros de sus grandes poetas y prestigios literarios. Por eso puede considerarse de altamente meritoria la labor emprendida por el notable poeta y literato Fernando Iglesias Figueroa, reconstituyendo la obra íntegra de nuestro exquisito poeta y publicando la parte desconocida de la misma, de tan alto valor, y aun en ocasiones, superándola, como aquella otra que cimentó su gloria en la posteridad y en el corazón de su pueblo..

(Los lunes de *El Imparcial*, Madrid.)

Páginas desconocidas, de
Gustavo Adolfo Bécquer.

Fernando Iglesias Figueroa, el notable poeta, con meritísima constancia en su labor de sacar de la obscuridad y el olvido toda la obra de Bécquer, acaba de publicar un segundo volumen de "Páginas desconocidas", del exquisito poeta sevillano, autor de las Rimas. En este libro se nos da a conocer un nuevo aspecto de Bécquer: el de crítico literario y político. "Páginas tan espontáneas y jugosas—como dice Iglesias Figueroa en un bello prólogo—que Fígaro las hubiese firmado con orgullo."

(Los lunes de *El Imparcial*, Madrid.)

Acontecimiento literario.

La Casa "Renacimiento", acaba de publicar el primer volumen de las obras inéditas de Gustavo Adolfo Bécquer, el genial y malogrado autor de las "Rimas" y de las "Leyendas". Cincuenta y dos años hace que murió el poeta y en todo ese tiempo sólo llegó al público una parte insignificante de su varia y extensa labor: la publicada a raiz de su muerte como póstumo homenaje de sus amigos y admiradores, que ocupaba un par de pequeños volúmenes.

A remediar el justo olvido que sobre el resto de su obra pesaba, vienen estos libros que hoy publica "Renacimiento" y que han sido cuidadosamente seleccionados por Fernando Iglesias Figueroa, que dedicó a ello gran cantidad de tiempo y esfuerzo.

De "acontecimiento literario" puede calificarse la aparición de las "Páginas desconocidas" de Gustavo Adolfo Bécquer.

(*El Tiempo*, Alicante.)

«Páginas desconocidas», de Gustavo Adolfo Bécquer.-Editorial «Renacimiento». Madrid

¡Bécquer! Basta su nombre para remover en nosotros un mundo de recuerdos y de impresiones imborrables. Todos, al pasar por la juventud, sufrimos su hechizo; todos rumoreamos la música de algunas rimas suyas al oído atento de una mujer; todos hicimos nuestros sus ensueños posibilitando, bajo su égida, la permanencia del espíritu romántico en nuestras almas.

Ahora mismo, en estos tiempos prosaicos, en estos días de materialismo desbordado, donde el sensualismo se erige en norma y la carne en diosa, ¿no es cierto que su obra nos sabe a remanso de paz y a oasis de quietud? Su misma figura frágil, quebradiza, ¿no logra hoy, entre tanto público "municipal y espeso", la apostura elegante y la señorial prestancia de un retrato de Van Dyck?

La editorial "Renacimiento" ha hecho muy bien exhumando estas páginas olvidadas del escritor inmortal y su seleccionador, Fernando Iglesias Figueroa, merece por su labor entusiastas plácemes.

(*El Noticiero Sevillano*, Sevilla.)

Envío

a RICARDO LEON

supremo artífice de nuestro Idioma.

¿Qué mejor Ex-Libris que su nombre para este libro del cantor de las golondrinas?

INDICE

	Páginas.
Prólogo	5
Rimas	15
La fé salva	23
Memorias de un pavo	51
La Caridad	67
La calle de la Montera	77
Sepulcro de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona	85
La vuelta del campo	91
Procesión del Viernes Santo en León	95
Las jugadoras	101
Revistas contemporáneas	107
El pendón de guerra del gran cardenal Mendoza y la espada de Boabdil	207
Dos palacios	213
Las segadoras	221
Fray Luis de León	225
Juicios críticos	229
Envío a Ricardo León	237

LS
B2985p
199351
Author Becquer, Gustavo Adolfo
Title Páginas desconocidas, vol.3.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU